



Universidad
Zaragoza

Trabajo de Fin de Grado

**El dominio de las Águilas.
La ocupación francesa de Aragón (1809-1813)**

Autora

Andrea Granero Maluenda

Director

Pedro Rújula López

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS. GRADO EN HISTORIA
2021

Índice

0. Introducción.....	4
Motivación del tema e hipótesis de trabajo.....	4
Metodología y estado de la cuestión.....	5
Parte I: El tiempo de las pasiones: la insurrección de Aragón (1808-1809).....	6
1. El inicio de la guerra en España: del motín de Aranjuez a las abdicaciones de Bayona.....	6
2. <i>"Dios, Patria y Rey"</i> : la contrarrevolución fernandina en Zaragoza.....	8
3. Los Sitios de Zaragoza y la violencia.....	9
3.1. Palafox despierta al león.....	9
3.2. <i>"Las mujeres dan valor... y son fieras"</i> : heroínas en la resistencia.....	11
3.3. La perspectiva de franceses y polacos: Lejeune y Wojciechowski.....	14
Parte II: El tiempo de la razón: la sumisión de Aragón (1809-1813).....	18
4. De héroes a vasallos: la caída de Zaragoza en manos imperiales.....	18
5. La convivencia pacífica y la razón: Suchet amansa al león.....	20
6. José Bonaparte, Suchet y Napoleón.....	23
6.1. Entre España y Francia: Suchet y el Gobierno de Aragón.....	25
6.2. La antigua Corona de Aragón: el feudo de Suchet.....	27
7. Afrancesamiento: ¿obligación o adhesión ideológica?.....	29
7.1. Agustín de Quinto y Miguel de Santander.....	29
7.2. Las mujeres afrancesadas y la convivencia con los invasores.....	32
8. La resistencia pasiva y el final de la ocupación en 1813.....	36
Conclusión.....	37
Bibliografía.....	39

Resumen

Si los Sitios de Zaragoza son los episodios más conocidos de nuestra historia, la posterior ocupación francesa de Aragón es uno de los más desconocidos. Esta desproporción no es casual, sino que se debe a un interés del nacionalismo español por ensalzar las hazañas de los Sitios para construir un discurso patriótico, dejando en el olvido el hecho de que la ciudad fue ocupada después durante cuatro años en los que los aragoneses tuvieron que adaptarse a convivir con sus conquistadores. Mi objetivo en este trabajo es analizar las dos partes como un todo, contrastando las diferencias entre lo que ocurre en los Sitios y lo que ocurre en la ocupación a través de diferentes perspectivas que incluyen las de las mujeres, los afrancesados y los invasores, para conseguir una visión lo más completa posible sobre lo que vivieron nuestros antepasados durante la Guerra de la Independencia.

Introducción

Motivación del tema e hipótesis de trabajo

La elección de este tema se debe a que siempre me ha llamado la atención esta época y me ha interesado todo lo relacionado con la Revolución Francesa y la Guerra de la Independencia. La ocupación francesa de Aragón específicamente despertaba mi curiosidad, siendo un tema poco conocido en general y del que no se suele hablar mucho. Esto se debe sin duda a la disparidad que hay entre lo mucho que se habla de los archiconocidos Sitios de Zaragoza y lo poco que se menciona que esa misma ciudad que tanto resistió fue ocupada después durante cuatro años, y además con unas condiciones sorprendentes. Con esta desproporción entre el interés por los Sitios y el desconocimiento de la ocupación, casi parece que la ciudad nunca se rindió ni fue ocupada durante esos cuatro años, en los que además pasaron muchas cosas. El nacionalismo español se ha centrado en los heroicos Sitios por su espectacularidad, siendo utilizados desde entonces como símbolo del orgullo patriótico y de la resistencia popular de España contra el invasor francés, mientras el tema de la ocupación, menos espectacular y ya no tan digno de orgullo, quedaba abandonado y enterrado en el olvido hasta hace poco tiempo.

Pero esa desproporción no existe sólo en la historiografía que se escribió desde entonces, sino también en los acontecimientos en sí. La actitud de los aragoneses en una y otra situación sorprende por lo inesperado, ya que se podría pensar que siguieron con su tenaz resistencia tras la capitulación, pero nada más lejos de la realidad. Mi objetivo es por lo tanto comparar estas grandes diferencias entre lo que ocurre en los Sitios y lo que ocurre en la ocupación, analizando también el tema de los Sitios en una primera parte que contrasta con la segunda dedicada a la ocupación.

Es también un tema interesante para hablar de las relaciones entre Aragón y Francia, ya que lo que ocurre durante la ocupación pone a Aragón y sus habitantes en una situación bastante peculiar que llama aún más la atención precisamente por el contraste con los Sitios. Además la situación de Aragón es un buen ejemplo para entender otros casos de ocupación. Por lo tanto, el objetivo principal es analizar la lógica de la ocupación y el afrancesamiento en Aragón, contrastando las pasiones violentas de los Sitios con la razón pacífica de la ocupación, cada una con sus luces y sus sombras, y tratar de discernir si la actitud de la resistencia pasiva y la colaboración fueron más beneficiosas que la actitud violenta de los Sitios y las guerrillas en esta situación, pese a su poca espectacularidad y a ser tachados de "traidores". Todo ello analizando además diferentes perspectivas para entender mejor cómo se vivía la ocupación, desde los diversos motivos de los afrancesados y la resistencia pasando por el punto de vista de las mujeres y de los invasores, principalmente franceses y polacos.

Metodología y estado de la cuestión

Para hacer este trabajo he utilizado fuentes secundarias como tesis, artículos y libros que tratan sobre los Sitios, la guerra de la independencia, la ocupación francesa y los afrancesados. Por otra parte, también fuentes que son testimonios editados de personas que vivieron en la época, y que son lo más cercano a fuentes primarias. Tras hacer una recopilación de libros y artículos sobre el tema, muchos de los cuales se pueden encontrar en internet, he buscado diferentes perspectivas sobre los Sitios y la ocupación que me permitan hacer una narración que incluya varios puntos de vista de los actores de este conflicto, para ir más allá de los tópicos de la versión patriótica.

En la primera parte, he utilizado varios artículos del profesor Pedro Rújula que explican muy bien cómo se fue creando ese caldo de cultivo contrarrevolucionario antes de los Sitios y cómo estalló la resistencia. Para el apartado de las mujeres en la resistencia he utilizado artículos de María Cruz Romeo Mateo, *Españolas en la guerra de 1808: heroínas recordadas*, y Francisco Ramiro Moya, *La participación femenina en los Sitios de Zaragoza. La percepción del mando militar y el interés del poder político*. Para el apartado sobre la perspectiva de franceses y polacos, son muy útiles las memorias editadas de Lejeune y Wojciechowski, y los artículos de Jan Stanislaw Ciechanowski y Grzegorz Bak, ofreciendo la perspectiva del invasor.

En la segunda parte, además de la tesis de Sophie Darmagnac, *Saragosse, Ciudad del Imperio napoleónico*, he utilizado el artículo sobre la administración francesa en Aragón de Carlos Franco de Espés en la revista de Jerónimo Zurita dedicada a la administración francesa en España. El monográfico de la revista Ayer sobre los afrancesados es muy útil para los apartados sobre Suchet y los afrancesados, especialmente los artículos de Pedro Rújula y Francisco Javier Ramón Solans. También los artículos de María Pilar Hernando Serra y Juan Mercader Riba sobre Suchet en los territorios de la antigua Corona de Aragón, así como las memorias de Suchet. Para el apartado sobre las afrancesadas y la convivencia con los invasores, son muy interesantes los artículos de Elisa Martín-Valdepeñas Yagüe sobre las afrancesadas y los franceses, y Cristina González Caizán sobre las aragonesas y los polacos.

El libro principal en el que me he basado para hacer este trabajo es la tesis de Sophie Darmagnac: *Saragosse, Ciudad del Imperio napoleónico*, ya que es uno de los primeros libros con el que descubrí por primera vez lo que ocurrió en la Zaragoza ocupada tras los Sitios, y me pareció de gran interés, motivándome a elegir este tema. Esta tesis me ha servido como referencia para muchos de los apartados de la segunda parte.

Parte I: El tiempo de las pasiones: la insurrección de Aragón (1808-1809)

1. El inicio de la guerra en España: del motín de Aranjuez a las abdicaciones de Bayona

Antes de entrar en el tema de la ocupación, merece la pena mencionar cómo empezó todo, y el proceso de influencia en las mentes colectivas para desencadenar semejante reacción en 1808. Lo cierto es que en España, antes de la reacción anti francesa de 1808, la actitud hacia los franceses no era especialmente hostil. Aunque sí que hubo roces con la República francesa en la **Guerra de la Convención (1793-1795)** y temor hacia la Francia revolucionaria, un temor que además aumentó con la llegada de emigrados franceses contrarrevolucionarios, especialmente el clero, que huían de la revolución. Este clero francés emigrado inculcaría un sentimiento contrarrevolucionario en la población española, que después sería utilizado por el clero español con tintes xenofóbicos y religiosos, reapareciendo en 1808 y facilitando la reacción anti-francesa.¹ Durante aquella guerra contra la República, para movilizar a la población se difundió propaganda que presentaba a los revolucionarios franceses como una amenaza para la monarquía y la religión, un mensaje que el clero difundió creando un ambiente de xenofobia y contrarrevolución, movilizando a la población en defensa de la tríada "Dios, Patria y Rey".²

Sin embargo, tras las victorias francesas que llevaron a la Paz de Basilea en 1795, España volvió a una alianza con Francia contra el Reino Unido, que era el enemigo común, y tras el Tratado de Fontainebleau en 1807, las tropas francesas entraban en España en calidad de aliados para invadir Portugal, aliado tradicional de los británicos. Por otra parte, Godoy, que había llegado al poder como primer ministro desde 1792, fue vilipendiado y desprestigiado por la propaganda debido a su rápido ascenso y por ser el favorito, aunque lo cierto es que Godoy era un reformador ilustrado que amenazaba los intereses de la Iglesia y los privilegiados.³ El ambicioso Fernando tenía que deshacerse de él para llevar a cabo sus planes, y para ello contó con el apoyo de una parte de la nobleza que estaba en contra de Godoy. Se trataba por lo tanto de un enfrentamiento entre dos bandos de la nobleza, los godoyistas con reformadores ilustrados y los

¹ LARA LÓPEZ, Emilio Luis, "Los emigrados franceses y la evolución del afrancesamiento en España", *Cuadernos Dieciochistas*, N°. 17, 2016, p. 244.

² RÚJULA, Pedro, "El francés invasor de 1808", en NÚÑEZ SEIXAS, Xosé y SEVILLANO CALERO, Francisco, (coords.) *Los enemigos de España: imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010, p. 147.

³ LAFOZ RABAZA, Herminio, *Los sitiios. Zaragoza en la guerra de independencia (1808-1809)*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón (CAI), 2000, p. 9.

fernandinos con absolutistas.⁴ Aunque las conspiraciones de Fernando fueron descubiertas en octubre de 1807, el castigo de su padre Carlos IV no fue suficiente, y los fernandinos aprovecharon la siguiente oportunidad en marzo de 1808 con **el motín de Aranjuez**. Cuando Carlos IV y María Luisa se preparaban para partir hacia América, los fernandinos prepararon un motín con falsos campesinos para azuzar a la muchedumbre contra Godoy, que se salvó al interceder Fernando a instancia de los reyes.⁵ Tras este motín, Carlos IV desposeyó a Godoy de sus cargos y títulos, y abdicó en su hijo Fernando VII. Por esta razón, Fernando VII también buscaría el apoyo de Napoleón para conseguir legitimarse en el trono, intentando negociar con él al igual que había hecho Godoy. Napoleón era entonces el todopoderoso árbitro de Europa, y Fernando accedió a ir a su encuentro en Bayona para negociar. El sangriento **levantamiento popular del 2 de mayo** en Madrid no era conveniente para las autoridades en ese momento, que lo consideraron algo fruto de los roces habituales entre la población civil y los militares, por lo que se centraron en tratar de impedir que se expandiese, insistiendo en que los franceses estaban allí como amigos y exhortando al pueblo a mantener la tranquilidad y la hospitalidad con los franceses.⁶

Sin embargo, la situación cambió completamente el 5 y 6 de mayo con las **abdicaciones de Bayona**, en las que Carlos IV y Fernando VII cedían los derechos a la Corona española a Napoleón, que a su vez la entregaba a su hermano José. Las abdicaciones supusieron el fracaso total de las negociaciones de Fernando VII con Napoleón, y por lo tanto el fracaso del bando fernandino. A partir de entonces, Napoleón se convertía en el vil traidor para los fernandinos, por lo que la única opción que les quedaba para recuperar su poder era utilizar a la población española para sus intereses, inculcándoles su propia visión del asunto. De esta forma, el ofendido Fernando VII se convertía en la España ofendida, la ofensa a la monarquía de Fernando VII era una ofensa al pueblo español, y Napoleón pasaba a ser un despreciable traidor y mentiroso.⁷

Además aprovecharon el desprestigio de la figura de Godoy para asimilarlo con Napoleón; era Godoy el que había traicionado a España al aliarse con Napoleón y los franceses (y eso aunque Fernando había intentado lo mismo), por lo que todos ellos eran enemigos de la patria. De esta forma, justificaban el repentino cambio de actitud ante Napoleón y el ejército francés, que hasta hace poco se supone que eran amigos a los que había que respetar según las autoridades, cuando los fernandinos tenían esperanzas de llegar al poder negociando con Napoleón. Además, esa interpretación dominante de los hechos suponía que los que no viesen el asunto de la misma manera serían tachados de malos españoles y traidores antipatriotas, por lo que la única manera de ser patriota era aceptar la interpretación fernandina absolutista.⁸ Así, los fernandinos creaban el caldo

⁴ RÚJULA, Pedro, "El francés invasor de 1808", *op. cit.*, p. 141.

⁵ LAFOZ RABAZA, Herminio, *Los sitiados....*, *op. cit.*, pp. 11-12.

⁶ RÚJULA, Pedro, "El francés invasor de 1808", *op. cit.*, p. 142-143.

⁷ *Ibidem*, pp. 143-144.

⁸ *Ibidem*, p. 144.

de cultivo para el componente de guerra civil que tendría la Guerra de la Independencia, y que se intensificaría tras la retirada de los franceses al final de la guerra.

Los fernandinos se reunieron en las ciudades libres de presencia militar francesa para posicionarse como contrapoder frente a las autoridades, produciéndose levantamientos contra Napoleón en Oviedo, Zaragoza, Valencia y Sevilla, extendiéndose después al resto de España. La guerra y el levantamiento popular interesaba ahora a los fernandinos para erigirse como líderes y tener la oportunidad de conseguir el poder que se les había rechazado; una guerra que se plantearía como una Cruzada contrarrevolucionaria, y que el clero se encargaría de inculcar en la población para la movilización, encendiendo la llama del patriotismo y el amor al rey, y cuyo mejor ejemplo está en la movilización popular en Zaragoza que llevó a los sangrientos Sitios.⁹ Algo que en principio hubiese sido sólo un cambio dinástico que cambiaba a los decadentes Borbones por los Bonaparte, con un José I que además tenía buenas intenciones de reformar el país, se convirtió en una guerra con sangrientas consecuencias.

2. *"Dios, Patria y Rey"*: la contrarrevolución fernandina en Zaragoza.

Paralelamente a lo que ocurría en España, Zaragoza se convertía en un claro reflejo de esa lucha entre las facciones godoyistas y fernandinas en España, y en la que los fernandinos terminaron tomando el control de la situación y manipulando a la población para sus propios intereses.

Las noticias del motín de Aranjuez y la caída de Godoy llegaron a Zaragoza el 22 de marzo, momento en el que los estudiantes arrancaron el cuadro de Godoy de la universidad para quemarlo y poner en su lugar un retrato de Fernando VII tras llevarlo en procesión por la ciudad y proclamarlo rey. El hecho de cambiar a un reformador ilustrado por un absolutista marca el carácter contrarrevolucionario del acto, que paradójicamente es a la vez subversivo, ya que aún no se sabía que Carlos IV había abdicado en Fernando VII. Los sectores más inmovilistas estaban detrás de este acto, con el que los fernandinos se hacían dueños de la situación y hacían ver a los reformistas que no tenían apoyos en la ciudad y que la conspiración de Fernando había triunfado.¹⁰

Mientras se esperaban las negociaciones de Bayona, los fernandinos se dedicaron a informar a la ciudad de lo que ocurría desde su propio punto de vista absolutista, mientras el clero interpretaba la situación y difundía el mensaje político, conectando la monarquía con la sociedad. Si hasta entonces el problema era sólo Godoy, cuando llegan las noticias del 2 de mayo y de las abdicaciones, las cosas cambian. Es entonces

⁹*Ibidem*, pp. 157-158.

¹⁰RÚJULA, Pedro, "Lucha por el poder y resistencia en la Zaragoza de 1808", *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, N° 83, 2008, pp. 33-34.

cuando los fernandinos conectan a Godoy con Napoleón, que era el nuevo obstáculo que se interponía entre los fernandinos y el poder; de esa manera el bando fernandino era el único bando patriota posible, el absolutista.¹¹ Con esta propaganda informando sobre lo que ocurría, el miedo se extendió rápidamente por Zaragoza debido a la presencia de tropas francesas en España y a los enfrentamientos en Madrid.

El 24 de mayo se produce la movilización de los zaragozanos, que piden armas en la Aljafería, ante lo cual el Ayuntamiento tiene que ceder, mientras los guardias gritaban "Viva España y la Religión", lo que indica que seguramente el clero instigaría ese movimiento popular. Además, el capitán general Guillelmi, que era un hombre ilustrado, fue apartado del poder mientras traían a José de Palafox, un fernandino absolutista, para ocupar su lugar. Así, los fernandinos apartan a los últimos godoyistas que quedaban en la ciudad. Finalmente, Palafox sería nombrado capitán general con el apoyo de la población armada y del clero, llegando al poder el principal instigador de la defensa popular en los Sitios.¹²

3. Los Sitios de Zaragoza y la violencia.

En este apartado analizaré las consecuencias de toda esa ideologización anterior, que lleva a la violencia de los Sitios. Para ello divido el capítulo en tres puntos: en el primero explico el papel que tuvo Palafox en lo que mejor se le daba: la propaganda para amplificar ese mensaje contrarrevolucionario, arengando y agasajando a la población para que luchasen como leones. En el segundo me centro en el papel de las mujeres en la resistencia con todo lo que ello implicaba acerca de la visión que se tenía de la mujer. Por último, en el tercero me paso al bando de los invasores franceses y polacos para ver el conflicto a través de sus memorias: aunque Lejeune y Wojciechowski escriben de manera muy distinta, ambos presentan la crudeza y la violencia del conflicto que vivieron, pero mencionando también la parte más amable de relación con la población, tema del que hablaré en la segunda parte.

3.1. Palafox despierta al león.

En el monumento a Agustina de Aragón y a las heroínas de los Sitios hay representado un león que agarra entre sus zarpas a un águila, aplastándola. Aquí el león representa a Zaragoza, como símbolo de la ciudad, y el águila imperial representa a Francia siendo derrotada. El fiero león zaragozano destruye así a las águilas imperiales francesas en el primer Sitio. Lo cierto es que el símbolo del león también fue utilizado para representar a España levantándose contra los franceses en la letra de la Marcha Nacional: «*Ya despertó de su letargo / De las Españas el León, / Y con rugidos*

¹¹*Ibidem*, p. 37.

¹²*Ibidem*, pp. 38-39.

espantosos, / Cubre la tierra de pavor. / En busca va brotando horrores / Del infernal Napoleón, / Para vengar su tiranía, / Su iniquidad, y su traición»¹³

El león, además de ser símbolo de la monarquía, representa muy bien la fuerza y el coraje con el que se querían identificar, pero también las pasiones violentas e irracionales, el verse reducidos a actuar con los instintos más básicos de supervivencia, que es lo que ambos bandos se vieron obligados a hacer en un combate tan extremo. ¿Cómo despertó Palafox esas pasiones, ese león que los aragoneses llevaban dentro? Los fernandinos ya habían hecho parte del trabajo al difundir su propaganda política en la ciudad con ayuda del clero, pero Palafox utilizaría su carisma para excitar a los aragoneses y hacerles creer que eran capaces de derrotar al mejor ejército de Europa y de impedir que capturasen su ciudad. Palafox era mucho mejor político que militar, y además un hábil propagandista. Por ello, al poco de ser nombrado capitán general, pagará la iluminación de la capilla de la virgen, reconociendo el apoyo prestado por el entorno del Pilar y dejando claro que el movimiento popular era en nombre de Fernando VII y con la protección de la virgen del Pilar, Rey y Religión. También dirigió proclamas exigiendo la movilización de los civiles para que se organizasen en compañías de cien hombres, algo que necesitaba para reforzar su poder pero dejando claro que los había encontrado con las armas en la mano, para tratar de no caer en la peligrosa contradicción de que un defensor del Antiguo Régimen reclamase al pueblo para asuntos relacionados con el poder.¹⁴

Sin embargo, las cosas no iban bien para el ejército español, que sufría una derrota tras otra frente a los franceses, que avanzaban con firmeza hacia la ciudad. El talento militar de Palafox dejaba mucho que desear, y el ejército español no estaba a la altura del francés. Es por ello que Palafox en realidad pensaba que la ciudad no resistiría y decidió abandonar Zaragoza. Pero contra todo pronóstico, la población de Zaragoza estaba dispuesta a defender su ciudad, y lo hicieron con éxito el 15 de junio en la batalla de las Eras, derrotando a los franceses sin la ayuda del ejército español antes de que se iniciase el primer Sitio. Por lo tanto, el hecho de que los fernandinos necesitasen la movilización popular para conseguir y mantener su poder, difundiendo su interpretación con ayuda del clero y la manipulación, hizo que los zaragozanos actuasen de manera inesperada ante una situación que en otras circunstancias hubiese sido una simple conquista de la ciudad, ya que se trataba de una ciudad sin defensas y muy difícil de defender que fue abandonada por los militares españoles.¹⁵

Aunque Palafox se mostró incapaz de detener el avance francés, su carisma hizo gran parte del trabajo al movilizar a la población mediante la propaganda y las arengas, amplificando el discurso fernandino de los meses anteriores, e inculcando en los

¹³ RÚJULA, Pedro, "El francés invasor de 1808", *op. cit.*, p. 152.

¹⁴ RÚJULA, Pedro, "La densificación del universo político popular durante la Guerra de la Independencia", en RÚJULA, Pedro y CANAL, Jordi (coords.), *Guerra de ideas: política y cultura en la España de la Guerra de la Independencia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico y Marcial Pons Historia, 2011, p. 179.

¹⁵ RÚJULA, Pedro, "Lucha por el poder..." *op. cit.*, pp. 40-41.

zaragozanos la idea de que era posible detener al mejor ejército del mundo en su ciudad, pero infundiéndo también el miedo a los franceses, a los que demonizaba como el peor de los enemigos, el anticristo que destruiría la religión y la patria, por lo que caer en manos de los franceses significaría el horror, la destrucción y la muerte. Ante el horror de semejante destino, y sin poder abandonar su ciudad y sus casas como los militares, los zaragozanos lo tenían claro: la única opción era defender su ciudad para evitar un destino infernal.¹⁶ El lado más oscuro de esta movilización, a parte del ambiente xenofóbico que fomentaba, era el de la horca para los "cobardes" que hablasen de rendirse, es decir, para los disidentes que no pensaran igual. Además del miedo a los franceses, se añadía el miedo a la amenaza constante de ser ejecutado por traidor.

Tendrían éxito en el primer Sitio cuando los franceses se retiraron en agosto, gracias en parte a la derrota de los franceses en Bailén, pudiendo experimentar la gloria de vencer al ejército francés que parecía ser invencible en Europa, además de extenderse la noticia de sus hazañas heroicas por toda Europa, convirtiéndose en símbolo de la resistencia popular contra los franceses. Pero esa alegría duraría poco tiempo, porque Napoleón realizaría un fuerte contraataque con las mejores tropas y mariscales franceses, dispuesto a aplastar la resistencia y el mito de Zaragoza. Los aragoneses por su parte seguían dispuestos a defenderse, ahora con mucha más decisión ya que tras el éxito de la resistencia del primer Sitio, creían firmemente que la Virgen del Pilar los protegía y los franceses no podrían capturar la ciudad mientras contasen con su protección.¹⁷ Palafox seguiría arengando a la población para resistir y no rendirse con apoyo del clero, manteniendo viva la llama de la resistencia hasta el extremo. Pero lo que los aragoneses no sabían es que paradójicamente sería esa misma resistencia obstinada e irracional la que, en medio de un fervor patriótico y contrarrevolucionario, les llevase a experimentar el infierno de la destrucción de su ciudad, los horrores más crueles y la muerte. El segundo Sitio que empezó a finales de diciembre de 1808 sería mucho más violento, y el éxito de la defensa ya no sería posible.

3.2. "Las mujeres dan valor... y son fieras": heroínas en la resistencia

Las mujeres están muy presentes en *"Los desastres de la Guerra"* de Goya, donde el pintor representa la violencia e irracionalidad en ambos bandos, y en hombres y mujeres. Mujeres víctimas de violencia específica dirigida hacia ellas, las violaciones, algo muy frecuente en todos los conflictos, pero también mujeres que luchan y se defienden a sí mismas y a sus hijos. Ellas muestran el valor y la fuerza para defenderse sin esperar a que los hombres las ayuden, pero también se contagian de la irracionalidad de la guerra al igual que los hombres.

¹⁶RÚJULA, Pedro, "Zaragoza (1808-1809). El mito de la Resistencia popular", en BUTRÓN PRIDA, Gonzalo y RÚJULA, Pedro (eds.), *Los sitios en la Guerra de la Independencia: la lucha en las ciudades*, Madrid, Sílex Ediciones y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2012, p. 23.

¹⁷*Ibidem*, p. 36.

En el caso de la mujer, este hecho es un arma de doble filo: luchan como leonas, fuera de su tradicional rol femenino pasivo, lo que por una parte las eleva al mismo nivel de valentía que los hombres, e incluso se convierten en ejemplo para ellos. Pero por otra parte, luchar como leonas, como fieras, las hace entregarse a las pasiones violentas e irrationales de la guerra, actuando incluso de forma temeraria, lo que en la época se interpreta como la confirmación de que las mujeres son seres irrationales que se mueven por pasiones e instintos como los animales, sin ninguna capacidad de racionalización.

Es por ello que la explicación que se da en el siglo XIX para que estas mujeres actúen así es porque lo hacen por amor; en el caso de Agustina de Aragón, por amor al artillero caído, o mejor, por amor al esposo, por lo que estaba actuando de acuerdo a su deber como esposa y patriota, como madre que transmite el sentimiento patriótico a los hombres, movida únicamente por pasiones. Ella y todas las mujeres luchadoras actuaron por ese mismo motivo, y por lo tanto, se les negaba la capacidad de razonar y la independencia. El nacionalismo español domesticaba así la imagen y el recuerdo de las heroínas, adaptándolo al discurso de género de la época.¹⁸ Y todo ello a pesar de que los hombres también dan claras muestras de irracionalidad en la guerra, especialmente en los Sitios de Zaragoza, donde toda la población actuaba con una excitación y fervor religioso y patriótico que no daba cabida al uso de la razón.

En cualquier caso, lo cierto es que la situación de guerra total igualaba a todos, rompiendo las barreras de clases sociales y entre hombres y mujeres. La guerra era considerada como algo exclusivo de los hombres, mientras que las mujeres eran el sexo pacífico, dedicadas al amor y la compasión y de las que se esperaba pasividad y resignación en la guerra. Sin embargo, la participación de la mujer en la guerra no era algo novedoso, ya que en el pasado solían participar en tareas como cuidar a los heridos o avituallar a los combatientes con comida, ropa y provisiones, tareas que eran más habituales para su sexo, según la tradición cultural. Lo que era más novedoso y peligroso era que traspasasen las barreras impuestas al sexo "débil", tomando el papel de tareas que tradicionalmente sólo eran de los hombres, como estar en el frente luchando con armas, y especialmente tareas típicas de los guerrilleros con combates irregulares, espionaje, etc.¹⁹ Esto fue lo que ocurrió en los Sitios, ya que al estar atrapadas en la ciudad se vieron obligadas a familiarizarse con el frente del combate, lo que facilitó que se decidieran a tomar las armas para defender su ciudad sin limitarse sólo al abastecimiento de los hombres, algo que les permitió salir del anonimato y ser el foco de atención por su excepcionalidad.²⁰

¹⁸ ROMEO MATEO, María Cruz, "Españolas en la guerra de 1808: heroínas recordadas", en YUSTA RODRIGO, Mercedes y PEIRÓ MARTÍN, Ignacio (coords.) *Heterodoxas, guerrilleras y ciudadanas: Resistencias femeninas en la España moderna y contemporánea*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, p. 71.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 74-75.

²⁰ RAMIRO MOYA, Francisco, "La participación femenina en los Sitios de Zaragoza. La percepción del mando militar y el interés del poder político", *Millars: Espai i historia*, Vol. 48, N° 1, 2020, p. 52.

Las mujeres armadas ya existieron en otros conflictos como la guerra de independencia de EE.UU., pero el caso de la resistencia femenina en España fue utilizado como símbolo de la lucha popular contra Napoleón y como ejemplo para otros países de Europa.²¹ Esto servía muy bien para los intereses de los fernandinos contrarrevolucionarios que querían mostrar esa resistencia popular con unanimidad; las mujeres eran la mejor prueba de que toda España se levantaba contra Napoleón y los franceses. Pero también era peligroso para ellos, ya que por un lado, para defender sus propios intereses y mantenerse en el poder, les interesaba convertir a la gente en un pueblo de leones, insumisos y fieros, pero por otro lado también temían esa parte de "revolución" que ello conllevaba: el pueblo de leones luchando en la guerra quebrantaba el orden tradicional establecido, con la ruptura de barreras de clase y de género.

Es por ello que Palafox al principio estaba en contra de la participación femenina en la defensa de Zaragoza y les ordenaba que se fueran a sus casas, pero cuando vio que podía sacarle partido al asunto, no sólo lo aceptó, sino que además animó a las mujeres a que participasen como los hombres y las puso de ejemplo para ellos.²² En definitiva, ese comportamiento trasgresor se justificaba por la excepcionalidad de la situación y por la causa compartida de defender la patria contra el invasor francés, aunque no tuviesen ninguna intención de liberar a la mujer o reconocerle derechos después de la guerra. Además, al poner el foco en las mujeres, de paso servía para disimular la incompetencia del ejército español y del propio Palafox, cuyo talento militar dejaba bastante que desear.²³ Así, la participación de las mujeres fue utilizada para construir un discurso patriótico por parte de los contrarrevolucionarios, porque les interesaba la guerra y la movilización popular en ese momento, pero después también por los liberales para la construcción del estado-nación liberal durante el siglo XIX.²⁴

Por otra parte, también para el discurso de género en la Europa ilustrada, el hecho de portar armas para defender la familia, el hogar y la patria era algo exclusivo de los hombres, mientras que las mujeres eran el sexo débil que se caracterizaba por sus cualidades naturales como la sensibilidad, la emoción, la moderación y la domesticidad. Por ello, para la opinión pública europea, las mujeres españolas luchaban porque se dejan llevar por las emociones, por el amor a sus familiares y por el fanatismo religioso español. De nuevo, se negaba la racionalidad a las mujeres. Además, para los franceses, esa imagen de las mujeres armadas con cuchillos, encendiendo la mecha de los cañones y peleando como furias salvajes no hacía más que confirmar lo que sospechaban, que España era un país atrasado y salvaje que hay que civilizar. Esas mujeres fieras justificaban la ocupación francesa, y los franceses serían los que civilizasen a la sociedad española trayendo la modernidad.²⁵

²¹ ROMEO MATEO, María Cruz, "Españolas en la guerra de 1808..." *op. cit.*, p. 75.

²² RAMIRO MOYA, Francisco, "La participación femenina en los Sitios de Zaragoza..." *op. cit.*, p. 58.

²³ *Ibidem*, pp. 56-57.

²⁴ *Ibidem*, pp. 59-60.

²⁵ ROMEO MATEO, María Cruz, "Españolas en la guerra de 1808..." *op. cit.*, pp. 75-76.

3.3. La perspectiva de franceses y polacos: Lejeune y Wojciechowski.

Louis François Lejeune fue un oficial francés que además fue pintor, con un talento y sensibilidad artística que se refleja en sus memorias dedicadas a los Sitios de Zaragoza. Allí participó en el segundo Sitio, del que pintó el famoso cuadro del asalto al monasterio de Santa Engracia, donde fue herido. Empezando su carrera militar en 1792 durante la revolución francesa para defender su país, fue ascendiendo en rango mientras participaba en diferentes batallas en Europa, siendo testigo de las glorias de Napoleón. Cuando llegó a España, fue testigo del brusco cambio de actitud en la población, que pasó de recibirlos como amigos y libertadores a odiarlos, estallando motines populares por todo el territorio. Tras acompañar a Napoleón en su expedición por España para someter la resistencia, Lejeune fue enviado junto al mariscal Lannes, que preparaba el segundo Sitio de Zaragoza.

La experiencia de los franceses fue horrible, algo de lo que dan buena muestra testimonios como los de Jean Lannes, que nunca había visto semejante encarnizamiento como el que mostraban los defensores, con mujeres que se dejaban matar delante de la brecha. Para él, la única opción ante semejante fanatismo pasaba por poner minas reventando las casas y los lugares religiosos para desmoralizar a la población.²⁶ Para los franceses era una guerra horrorosa que no tenía nada que ver con las batallas a campo abierto a las que estaban acostumbrados, una guerra que agotaba y deprimía hasta al mismo mariscal Lannes.²⁷ Otros como Billon también hablaban de lo repulsivo de ese tipo de guerra, teniendo que luchar casa por casa matando a civiles que morían en la miseria por las armas o la enfermedad, dejando un aire infecto en la ciudad. Una guerra que convertía a la ciudad en una espantosa y horrenda necrópolis, exponiendo lo más repugnante de la guerra.²⁸

La experiencia del segundo Sitio marcó también a Lejeune, razón por la que le dedicó un libro entero. Lejeune atribuía la tenaz resistencia al carácter de los aragoneses junto con otros factores históricos y culturales. Aunque los franceses desconocían todo el proceso de ideologización contrarrevolucionaria que había habido antes de los Sitios, sí que percibían la influencia despótica que el clero tenía en la población y sobre todo en las mujeres, así como el fanatismo del mismo, que no dudaba en empuñar las armas exhortando a los aragoneses a sacrificar su vida y sus bienes por la religión y la patria, realizando plegarias y falsos milagros.²⁹

En concreto, Lejeune sentía gran desprecio por la figura del padre Basilio Boggiero, al que consideraba un hombre cruel y sin piedad, el verdugo de Zaragoza por ser responsable del fanatismo. También se daba cuenta de la capacidad propagandística

²⁶ LEJEUNE, Louis-François, *Los Sitios de Zaragoza*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2009. p. XXII.

²⁷ *Ibidem*, p. XXVI.

²⁸ RÚJULA, Pedro, "Zaragoza (1808-1809). El mito de la Resistencia popular", *op. cit.* pp. 33-34.

²⁹ LEJEUNE, Louis-François, *Los Sitios de Zaragoza*, *op. cit.*, p. LXI.

y el carisma de Palafox, que exageraba éxitos triviales y distribuía condecoraciones para lisonjear a los defensores y mantener su llama viva, pero también veía el lado manipulador y mentiroso de Palafox, que mentía a la población con noticias falsas haciéndoles creer que iban a recibir ayuda.³⁰ Eran noticias tan absurdas como que el hermano de Palafox devastaba Francia con un ejército, haciéndoles creer que los franceses eran los verdaderos sitiados, y dándoles tal confianza que incluso se acercaban a ellos para provocarles con insultos y con canciones patrióticas.³¹

En cuanto a las mujeres, Lejeune menciona a Agustina de Aragón como ejemplo de mujer combatiente que empuña las armas, y a la condesa de Bureta como ejemplo de mujer caritativa, a la que admiraba y comparaba con heroínas francesas como Juana de Arco.³² La condesa destacaba por distribuir socorros y recursos con su propio dinero, y organizó una compañía de mujeres para socorrer a los heridos y llevar víveres a los combatientes entre el peligro del fuego de las bombas.

Lejeune tampoco esconde la violencia de sus compañeros, mencionando las matanzas que ocurrían en medio de aquella locura de guerra, que incluían a mujeres y niños, así como los saqueos y las destrucciones de edificios y patrimonio cultural, libros, manuscritos, cuadros, etc. Todo ello por la situación extrema en que les ponía aquel combate infernal, que les obligaba a destruir libros para alimentar el fuego con el que alumbrar y calentarse.³³

En definitiva, Lejeune veía el drama de una población civil heroica que defendía su hogar y su patria. Admiraba el valor y el orgullo de aquellos aragoneses que luchaban con tanto celo y fogosidad, pero que desgraciadamente habían sido manipulados por Palafox y el clero para luchar por causas fanáticas, por lo que toda esa energía hubiese sido mucho más admirable si hubiese sido por una buena causa.³⁴

Por otra parte, el caso de los polacos es bastante peculiar. Ellos habían experimentado sus intentos de reforma ilustrada con una Constitución en 1791, que fue arruinada por las intervenciones de los vecinos absolutistas. La insurrección de Tadeusz Kościuszko, un noble polaco liberal que trataba de recuperar su país de las particiones, también fue sofocada por sus vecinos, que procedieron a borrar a Polonia-Lituania del mapa con la tercera partición. Por esta razón, los polacos vieron en Napoleón un libertador, aunque probablemente no tenía ninguna intención de resucitar Polonia, pero era el único que les daba esperanzas. El hecho de tener enemigos comunes fue suficiente para que se unieran a los franceses con la esperanza de recuperar la independencia de su país que estaba bajo el yugo de Rusia, Prusia y Austria.

³⁰*Ibidem*, p. LIX.

³¹*Ibidem*, p. 67.

³²*Ibidem*, p. 36.

³³*Ibidem*, pp. LXV-LXVIII.

³⁴*Ibidem*, pp. LXII-LXIII.

Es por ello que para los polacos, Zaragoza se convirtió en una especie de antímito, no sólo por todos los horrores que vivieron, sino también porque veían una población que no les había hecho daño a ellos ni a su causa nacional, y que al igual que ellos, luchaba por su independencia frente a un país extranjero.³⁵ Los polacos obviamente ignoraban el origen contrarrevolucionario y de defensa de un rey absolutista que tenía la resistencia, algo totalmente opuesto a su mentalidad, pero se quedaron con esa parte más heroica y romántica, la de una nación que luchaba por su independencia como ellos. Por ello el recuerdo de Zaragoza es una mezcla de remordimiento y culpa para los polacos.

Al igual que los franceses, los polacos también dejaron en sus memorias la admiración por aquellos defensores inquebrantables de Zaragoza que no se dejaban doblegar por la situación, pero también las horribles escenas de crueldad y muerte, con cadáveres despedazados y amontonados por todas partes.³⁶ Además, la lucha contra católicos y la destrucción y profanación de templos les afectaba especialmente, al ser ellos también católicos.³⁷ Kajetan Wojciechowski, un lancero polaco que participó en el primer Sitio de Zaragoza y después en otras campañas por España, coincidía con los franceses en que la guerra española había sido instigada y exacerbada por los curas,³⁸ pero recordaba con gran pena cómo la soldadesca francesa, aturdida por la bebida, saqueaba las casas y los templos en Calatayud, mofándose de los ritos, una actitud que para él justificaba el deseo de venganza de los españoles.

Sin embargo, también menciona la extrema crueldad de los guerrilleros, que torturaban y asesinaban clandestinamente tanto a culpables como a inocentes, ensañándose despiadadamente con los indefensos, cortando orejas y narices, y arrancando ojos, tripas y venas.³⁹ A los eslavos les producía horror el tener que abandonar a sus soldados heridos, ya que eran conscientes de que probablemente serían torturados si caían en manos de los guerrilleros, que tenían fama de maltratar a los prisioneros, por lo que algunos se suicidaban antes de arriesgar tan cruel destino.⁴⁰ No obstante, según los polacos parece ser que en general los españoles odiaban y se ensañaban más con los franceses, pero trataban mejor a los polacos por ser católicos, especialmente si llevaban cruces o medallas de la virgen colgadas en el pecho.⁴¹

En cualquier caso, todas estas cruelezas generaban un círculo vicioso de violencia entre ambos bandos. Wojciechowski tampoco esconde la violencia y abusos de los suyos cuando recuerda un enfrentamiento cerca de Mallén donde se encontraron a los

³⁵ BĄK, Grzegorz, "El asedio de Zaragoza (1808-1809) a los ojos de los soldados polacos", *Eslavística Complutense*, N°. 2, 2002, p. 24.

³⁶ *Ibidem*, p. 27.

³⁷ *Ibidem*, p. 30.

³⁸ WOJCIECHOWSKI, Kajetan, *Mis Memorias de España*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2008, p. 43.

³⁹ *Ibidem*, pp. 57-58.

⁴⁰ CIECHANOWSKI, Jan Stanislaw, "La visión polaca de la Guerra de Independencia", *El Basilisco: Revista de materialismo filosófico*, N° 38, 2006, p. 51.

⁴¹ *Ibidem*, p. 51.

españoles a los que dispersaron y terminaron huyendo al otro lado del Ebro. Los lanceros polacos persiguieron a los españoles y los picaron a todos sin piedad, sin entender si con sus palabras se rendían o les despreciaban, provocando una matanza terrible.⁴² También cuando en el primer Sitio se encontraron con las mujeres que habían enloquecido de miedo y habían sido encerradas en el Convento de Santa Engracia, Wojciechowski no oculta las violaciones cuando afirma que las mujeres "se convirtieron en nuestro botín".⁴³

Józef Mroziński, un capitán polaco que participó en los Sitios, resumía muy bien la tragedia de los polacos y los españoles que se hicieron liberales al final de la guerra con el ejemplo de Manuel Cavallero, un oficial que participó en la defensa de Zaragoza pero tuvo que abandonar su país con el regreso de Fernando VII por simpatizar con la Constitución de 1812. Al conocerse en Varsovia, ambos se sentían vencedores pero también vencidos: el polaco conquistó la heroica Zaragoza pero terminó perdiendo la guerra sin poder recuperar su país, mientras que el español podía estar orgulloso por su defensa de la ciudad, pero la ciudad quedó destruida y él fue desterrado de su país junto a los liberales y afrancesados con la vuelta del absolutismo de Fernando VII.⁴⁴

En definitiva, en los Sitios chocaron dos bandos orgullosos, decididos a imponerse uno sobre el otro: por un lado, el imperialismo francés decidido a aplastar el mito de la resistencia de Zaragoza y someter a la población, y por otro, el fanatismo de una población manipulada para inmolarse, matando y dejándose matar por ideas reaccionarias que no les beneficiaban en nada. Este choque provocó un enfrentamiento brutal entre dos bandos excluyentes sin posibilidad de conciliación, que se convirtió en un infierno para ambos.⁴⁵

⁴² WOJCIECHOWSKI, Kajetan, *Mis Memorias de España*, *op. cit.*, pp. 45-46.

⁴³ *Ibidem*, p. 51.

⁴⁴ BAK, Grzegorz, "El asedio de Zaragoza (1808-1809)..." *op. cit.*, pp. 28-29.

⁴⁵ RÚJULA, Pedro, "Zaragoza (1808-1809). El mito de la Resistencia popular", *op. cit.*, pp. 36-37.

Parte II: El tiempo de la razón: la sumisión de Aragón (1809-1813)

4. De héroes a vasallos: la caída de Zaragoza en manos imperiales.

Aquella resistencia incansable llegó a su fin cuando la situación se hizo insoportable debido a la situación de sitio, pero sobre todo por las enfermedades, que provocaron más muertes que las balas. El mismo Palafox cayó enfermo y aún entonces se negaba a rendir la ciudad, apoyado por religiosos que también se empeñaban en prolongar aquella locura. Sería una Junta presidida por Pedro María Ric la que pusiese fin a aquel horror el 20 de febrero de 1809, capitulando ante el mariscal Lannes para salvar a los pocos miles de supervivientes que quedaban.⁴⁶

En la capitulación, Lannes concedería un perdón general a los habitantes de Zaragoza a la vez que los desarmaba entregando las armas a los soldados franceses. El objetivo de este mariscal era dominar a una población que había demostrado su rebeldía, quitándoles cualquier esperanza de rebelión y exigiendo la sumisión y la pacificación. Lannes se muestra así como el gran vencedor de la batalla, dando una imagen de benevolencia y respeto con el pueblo y la religión, una imagen opuesta a la que los religiosos daban de los franceses, pues lo que más temían los curas era la reputación anticlerical de los revolucionarios franceses.⁴⁷ Aunque hubo algunos robos por parte de soldados franceses, éstos fueron fusilados como castigo, y en general se evitó el pillaje de la ciudad a gran escala.

Lannes es consciente de la importancia de la religión en los habitantes, algo que pudo comprobar durante la resistencia en los Sitios, por lo que se encarga de que su entrada en Zaragoza tenga un aspecto solemne y divino, siendo bendecido como vencedor de la batalla por el obispo Santander, al que también trataría de poner de su parte participando en el juramento de fidelidad al rey José.⁴⁸

De esta forma, la imagen que dan los franceses es que no sólo son los vencedores de un enfrentamiento que parecía imposible de ganar debido a la tenaz resistencia, sino que además el respeto a esa población tan audaz y a su religión les engrandece como vencedores benevolentes. Lannes es el primero que utiliza a la Virgen del Pilar con este propósito, mostrando a la población que era un mariscal francés que respetaba a su

⁴⁶ DARMAGNAC, Sophie, *Saragosse. Ciudad del Imperio napoleónico (1809-1813)*, Zaragoza, Asociación cultural “Los sitios de Zaragoza”, 2015. p. 49.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 54-55.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 63-64.

religión y a la patrona de la ciudad, a la vez que este acto le daba una aureola de divinidad.

Desde el punto de vista de la población, que anteriormente había sido convencida de que la Virgen del Pilar les protegía de los franceses y por ello pensaban que sería imposible que la ciudad cayera, este cambio radical en la posición de la Virgen debió de ser moralmente devastador tras la derrota. Ahora veían cómo el invasor francés era bendecido en el Pilar, dándole legitimidad divina, por lo que la Virgen parecía estar ahora del lado de los franceses. Quizás, en la mente de los zaragozanos religiosos que creían en la divina providencia, esto podía ser un castigo por continuar con la resistencia hasta el extremo de destrozar la ciudad y provocar la muerte de la mayoría de la población. Esta desmoralización tras la derrota, sumada al agotamiento por la violenta lucha y el asedio devastador, podrían ser algunas de las razones por las que la actitud de la población cambia totalmente después de los Sitios.

Los zaragozanos habían sido héroes durante unos meses en los que la situación de la guerra había alterado el orden social habitual, con las mujeres participando activamente en la lucha empuñando las armas, algo que antes era "cosa de hombres". Las barreras de género y de clases sociales se difuminaron con la guerra al participar todos unidos por la causa de defender la ciudad del invasor. Aunque ideológicamente el origen de la defensa era por motivos contrarrevolucionarios y reaccionarios, la situación de la guerra también les llevó a experimentar esa parte de revolución, al ser inevitable que se difuminasen las barreras entre hombres y mujeres y entre diferentes clases sociales.

De esta forma, tras la derrota, los héroes zaragozanos volvían a ser vasallos, esta vez de los invasores. La ciudad simplemente cambiaba de dueños sin que las ideas de la Revolución Francesa llegasen a los habitantes: los militares franceses y la oligarquía francesa sustituye a la española, y estos nuevos dueños franceses se tendrían que encargar de restablecer el orden y someter a la población a las nuevas autoridades. De esto se encargaría primero Lannes, utilizando a la Virgen del Pilar y poniendo a las autoridades españolas del lado francés, allanando así el camino a los que vendrían después: Junot y finalmente Suchet, que aprovecharía la situación para tratar de ganarse a la población.

Lannes se encargaría del saneamiento de la ciudad tras la ocupación, con la ayuda de las autoridades españolas. Unos meses después se iría de la ciudad y Junot es nombrado gobernador general de Aragón en marzo, al considerar la provincia de Aragón como en estado de sitio.⁴⁹ Este oficial también utilizaría a la Virgen del Pilar, con una entrada oficial en la que Zaragoza tenía que honrar a otro militar francés. Junot estaba confuso sobre cómo gobernar Aragón por encontrarse entre los intereses de José I y los de Napoleón, sin saber a quién rendir cuentas y a quién obedecer, además de no

⁴⁹*Ibidem*, p. 74.

gustarle los asuntos administrativos, ya que prefería encargarse sólo de los asuntos militares.⁵⁰ Trataba de respetar las costumbres locales y la estructura local de la administración sin romper con el Antiguo Régimen, con ayuda de las autoridades locales. Es curioso cómo Junot, un oficial francés, entendía las necesidades y las particularidades de Aragón, comunicándole al rey José I que es importante tenerlas en cuenta y respetarlas, algo que los funcionarios de Madrid no hacían.⁵¹

Finalmente, Junot pidió regresar a Francia, y en mayo de 1809 le sustituye Suchet, un general francés que había participado defendiendo la retaguardia de los franceses en el segundo Sitio, y que llegaría a ser mariscal, consiguiendo pacificar la mayor parte de Aragón.

5. La convivencia pacífica y la razón: Suchet amansa al león.

Suchet llega en un momento complicado, ya que el ejército español de Blake amenazaba la presencia francesa en Zaragoza, y no se podían permitir perder la ciudad que tanto les había costado conquistar. Tras una derrota inicial en Alcañiz, Suchet consiguió varias victorias decisivas que le permitieron mantener la ocupación francesa hasta el final de la guerra.

Tras estas victorias, el 19 de junio de 1809, Suchet publicó el "Manifiesto a los Aragoneses", en el que subraya que el poder militar le viene de Napoleón al darle el mando del ejército que actuaba en Aragón, y el poder político le viene de José I al nombrarle gobernador general de Aragón. Así deja claro que de esta forma tiene el poder supremo en Aragón, y actuaría siempre en nombre del rey José desde 1809 hasta febrero de 1810.

Por otra parte, menciona su victoria ante el ejército de Blake que amenazaba la ciudad: ahora los franceses eran los que estaban protegiendo Zaragoza de las amenazas del ejército insurgente, y gracias a ellos los zaragozanos podían quedarse tranquilos. Desde esta perspectiva cambian las tornas, y así Suchet deja claro a los zaragozanos que no tienen ninguna esperanza de ser liberados y por ello deberían empezar a aceptar a los franceses como sus protectores para no sufrir otra vez los desastres de la guerra. Además culpa a los ingleses, que eran los tradicionales enemigos políticos y religiosos de España, y los responsables de las guerras en Europa.

Por último, exhorta a los agricultores aragoneses a ir a trabajar al campo, recordándoles que es su obligación producir cereales y productos de la huerta que son necesarios para la alimentación y subrayando una vez más que pueden contar con la protección del ejército francés para trabajar tranquilos. Pero a la vez que ofrece su

⁵⁰ *Ibidem*, p. 75-76.

⁵¹ *Ibidem*, pp. 97-98.

protección a los aragoneses y les asegura su tranquilidad, también pone mano dura amenazando con confiscar los bienes si desobedecen.⁵²

Su ceremonia de entrada oficial tras estas victorias llama la atención en comparación con las de Lannes y Junot. Si con los anteriores oficiales la población parecía seguir con una actitud de tristeza, con Suchet parece que los ánimos cambian: la alegría de los habitantes estalla con una fiesta popular. Esto refleja un cambio de mentalidad en los zaragozanos que percibe el propio Suchet, ya que al desaparecer las esperanzas de liberar a la ciudad con la derrota de Blake, sólo les quedaba aceptar la benevolencia de los franceses y colaborar para asegurar la paz.⁵³

Si la estrategia de Palafox fue encender los corazones de los aragoneses para que diesen su vida por la patria y la religión, compensando así sus propias carencias como líder militar ya que era mucho mejor en la política, Suchet se encargó de apaciguarlos y someterlos. Suchet era mucho mejor militar que Palafox, y si no tenía tanto carisma, sí que tenía dotes de administrador, que serían fundamentales en la situación en la que se encontraba Aragón. Con sus victorias militares frente a los ejércitos españoles que trataban de recuperar Zaragoza, hundió las esperanzas de los aragoneses de ser rescatados, lo cual, sumado al agotamiento por tantos meses de Sitio, muerte y ruina, hizo que los fieros guerreros pasasen a ser sumisos vasallos.

Suchet se encargó de asegurarse de que no se les ocurriría volver a levantarse en armas contra los franceses, y para ello haría espectáculos de dominación al estilo de la Antigua Roma, celebrando las victorias de su ejército y mostrando los convoyes de prisioneros camino a Francia, para intimidar a los aragoneses. Pero por otra parte también trató de mostrar su lado amable con ellos, presentándose como su protector frente a otros ejércitos y frente a guerrillas o bandidos.

Si Palafox se encargó de inflar el orgullo y la moral de los aragoneses hasta el punto de creerse invencibles, Suchet se encargó de desmoralizarlos para que viesen que la resistencia es inútil y así conseguir su respeto y fidelidad. Ambos también usaron la religión y la Virgen del Pilar, mostrándose como devotos ante ella. Palafox para hacerles creer que la Virgen los protege y los hace invencibles ante los franceses, y Suchet para mostrar que la Virgen estaba de su parte al haber concedido la victoria a los franceses.

De esta forma, vemos cómo Suchet se convierte en la antítesis de Palafox: ambos se convirtieron en capitán general y fueron líderes de Aragón, pero dos líderes muy opuestos con ciertas cosas en común, en momentos y en condiciones muy distintas. Palafox había despertado a los leones y ahora Suchet tenía que amansarlos.

⁵²FRANCO DE ESPÉS, Carlos "La administración francesa en Aragón. El gobierno del mariscal Suchet. 1809-1813", *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, N° 91, 2016, pp. 96-97.

⁵³DARMAGNAC, Sophie, *Saragosse...*, *op. cit.*, pp. 85-86.

El 6 de febrero de 1810, sólo dos días antes del decreto de Napoleón que cambiaría la situación de Aragón, Suchet fue nombrado presidente de la Real Academia de San Luis y pronunció un discurso ante ella. Se trataba de un acto con gran carga simbólica, al asumir la presidencia de dos instituciones culturales de Zaragoza. Este discurso nos muestra que para Suchet la administración del territorio era muy importante para su misión de ocupación y pacificación, y que no sólo lo militar era importante. Se puede percibir su voluntad de restaurar las instituciones y la política para servirse de ellas pero también para extender la prosperidad en la población.

Muestra así su deseo de extender el espíritu ilustrado y la prosperidad, por lo que necesitaba la colaboración de las élites culturales para que éstas transmitieran a la población que era conveniente adaptarse al nuevo orden. Por ello se interesó por la historia y las necesidades de los aragoneses, haciendo de Zaragoza la capital desde la que administrar el territorio, utilizándola como una base segura en la que mantenerse con cierta estabilidad para después poder conquistar otros territorios.⁵⁴ Tenía que asentar su poder en Aragón y ganarse el respeto y la aceptación de la sociedad, por lo que necesitaba la ayuda de la Academia de San Luis para dar la imagen de que las élites aceptaban el nuevo orden social, cultivando las artes y las ciencias y retirando gran parte de las tropas que necesitaría en la conquista de otros territorios.⁵⁵

En este discurso se ve claramente cómo Suchet hace lo contrario que Palafox, diciendo que las pasiones deben dejar paso a la reflexión y a la prudencia, puesto que los aragoneses ya habían mostrado de sobra su valor durante los Sitios, y ahora era el momento de utilizar la razón y no actuar como víctimas de un delirio. Había que dejar atrás el tiempo de las pasiones excitadas por Palafox, para dar paso al tiempo de la razón. Si el objetivo de Palafox fue enardecer las pasiones y los corazones de los aragoneses, fomentando la rebeldía, pero también la agresividad, la violencia y la guerra, en una lucha en la que la reflexión y el uso de la razón no tenía cabida, ahora Suchet tenía que revertir la situación exigiéndoles a los aragoneses todo lo contrario: utilizar la razón sin pasiones enloquecidas, fomentando la convivencia pacífica, la colaboración y la paz para alcanzar la prosperidad, pero también la sumisión y la obediencia al poder.⁵⁶

Es una antítesis interesante, ya que ambos casos tienen una parte positiva y otra negativa. En efecto, lo que Palafox quería tenía bastante de negativo por llamar a la violencia sin sentido y prolongar el sufrimiento por una causa bastante cuestionable, pero también fomentaba en los aragoneses una actitud de no dejarse dominar. Por otra parte, lo que Suchet quiere es bastante positivo, puesto que se basa en las ideas de la Ilustración y la Revolución Francesa sobre utilizar la razón para alcanzar la prosperidad,

⁵⁴RÚJULA, Pedro, "El mariscal Suchet en Zaragoza", en *Recepción del retrato del Excelentísimo Señor don Louis Gabriel de Suchet, octavo presidente de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza*, Zaragoza, Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis, 2011. pp. 19-20.

⁵⁵*Ibidem*, p. 23.

⁵⁶*Ibidem*, pp. 21-22.

inculcando una actitud pacifista en los aragoneses, pero obligándoles también a la sumisión y a dejarse dominar por el poder, algo que en general no es tan positivo. Suchet también se presenta como el pacificador que ha puesto fin a la anterior fase de inestabilidad marcada por la guerra y los Sitios, restaurando el orden frente al "caos revolucionario". Llama la atención en este sentido el hecho de que un hijo de la Revolución Francesa como era Suchet, hable de caos revolucionario, calificando a los patriotas que llaman a la guerra como "facciosos" y "revolucionarios".

Es curioso y bastante paradójico que en este momento los franceses revolucionarios son los que quieren mantener el orden y la estabilidad, mientras que los patriotas contrarrevolucionarios actúan como los revolucionarios para llamar a la insurgencia y la rebeldía. En este sentido, también hay que tener en cuenta que aunque Suchet y el ejército francés eran hijos de la Revolución Francesa, eran napoleónicos que representaban una rama de la revolución muy moderada, muy distinta de los revolucionarios más radicales como los jacobinos. Desde el punto de vista de los napoleónicos, los contrarrevolucionarios y los jacobinos eran los dos extremos opuestos, con ideologías opuestas pero una forma de actuar parecida al llamar a la rebeldía. Es por esta forma de actuar que Suchet los llama "revolucionarios", aunque ideológicamente sean reaccionarios.

También hay que considerar las divisiones en la resistencia española, ya que lo que comenzó como un movimiento reaccionario y absolutista contra los franceses revolucionarios, tuvo una escisión liberal y progresista, con una parte de la resistencia que tuvo influencias de las ideas de la Revolución Francesa y que estarían más cercanos a las ideas de los jacobinos, por lo que ideológicamente eran más revolucionarios y progresistas que los napoleónicos. Todo esto nos muestra una realidad mucho más compleja de un conflicto que se suele presentar de forma simplista, como si fuesen simplemente los "patriotas" españoles contra los franceses y los "traidores" afrancesados. Lejos de esta visión maniquea, ambos bandos tenían su complejidad y ciertas divisiones internas, incluso en el bando francés como veremos a continuación.

6. José Bonaparte, Suchet y Napoleón.

En este apartado veremos el conflicto de intereses entre tres representantes del bando francés o afrancesado, lo cual llevaría al decreto de 1810 que daría gran independencia a Suchet, expandiéndose por la antigua Corona de Aragón.

Ya antes del decreto de 1810 se empezaban a vislumbrar los intereses de estos tres personajes: José I que representa a la monarquía de España y está interesado en evitar el desmembramiento de sus dominios por parte de Napoleón y sus generales; Suchet, que representa a un gobernador de Aragón que empieza a tener aspiraciones autonomistas; y Napoleón, que representa los intereses de la Francia imperialista, con aspiraciones anexionistas.

Las visiones simplistas y estereotipadas de la Guerra de la Independencia suelen presentar a José Bonaparte como un rey "intruso", un rey francés que no debería estar ahí y que no representa para nada a España. Esta visión se debe también al odio que despertaba sobre todo entre los más reaccionarios y absolutistas, por lo que fue vilipendiado sin piedad tanto en su época como posteriormente. Es llamativo también que la mayoría de los insultos y mote despectivos como "Pepe Botella" se basaban en mentiras que no tenían nada que ver con su personalidad o sus hábitos; por ejemplo el hecho de que lo tacharan de alcohólico y borracho cuando en realidad ni siquiera bebía alcohol.

Frente a Fernando VII "el deseado", José I era el "intruso", aunque irónicamente la realidad era totalmente opuesta a la imagen que los difamadores dieron de estos dos personajes. Mientras Fernando VII demostró ser un rey nefasto al volver al trono después de la guerra, lo cierto es que José I tenía buenas intenciones para mejorar y reformar el país en el que reinaba.

En 1809, los actos se hacían en nombre del rey José I, y éste entregó a Suchet todos los poderes en Aragón, por lo que su cargo de gobernador general sería como el de capitán general del reino. Suchet representaría la autoridad del rey en Aragón, y de esta forma, José I trata de asimilar y asegurar la colaboración de Suchet para que no tuviese tendencias autonomistas.⁵⁷ Como gobernador general, su objetivo es conquistar y someter el territorio para el rey, pero a la vez se encuentra en una situación peculiar: es un militar que obedece las órdenes de Napoleón, al mando de un ejército francés, pero también tiene el más alto cargo otorgado por la monarquía española de José I.

Los problemas de José I eran múltiples, ya que no sólo estaba la resistencia española que lo vilipendiaba y despreciaba, sino que también tenía problemas con su propio hermano Napoleón. Los generales del ejército francés en España preferían seguir las órdenes del gran líder militar Napoleón antes que de José I, y trataban de aprovechar su situación en la península para obtener cierta autonomía en las regiones en las que operaban, algo a lo que también aspiraba Suchet.⁵⁸ Pero además, el propio Napoleón tenía pretensiones anexionistas con las provincias fronterizas con Francia, algo que también amenazaba la reputación y la autoridad de José I como rey, ya que podría perder incluso partidarios afrancesados si no cumplía su promesa de mantener la integridad territorial del país.

⁵⁷DARMAGNAC, Sophie, *Saragosse...*, *op. cit.*, pp. 104-105.

⁵⁸*Ibidem*, p. 89.

6.1. Entre España y Francia: Suchet y el Gobierno de Aragón.

Con esta situación, las pretensiones anexionistas de Napoleón empezarían a confirmarse con el decreto del 8 de febrero de 1810, por el que Aragón, Cataluña, Navarra y Vizcaya pasarían a depender de Napoleón y de Francia, y ya no obedecerían al rey de España, José I.

Con este decreto, Napoleón crea el Gobierno de Aragón en 1810, con Suchet como gobernador que sólo obedecería las órdenes del Emperador. Esta decisión se debe en parte a las ambiciones anexionistas de Napoleón, que quería anexionar las provincias fronterizas con Francia. Napoleón se veía como sucesor de Carlomagno, el cual pensaba que la frontera de Francia en el oeste debía de ser el río Ebro, lo que le llevó a intentar conquistar estos territorios, incluida Zaragoza con un asedio fallido en el año 778. Tras este intento fallido, Carlomagno crearía la Marca Hispánica, formada por territorios fronterizos con Francia entre los que se encontraba el pequeño condado de Aragón y el condado de Barcelona. Estos territorios dependían en un principio del Imperio carolingio, pero con el tiempo se fueron independizando. Por esta razón, una de las obsesiones de Napoleón era anexionarse estos territorios que desde esta perspectiva debían pertenecer a Francia, y así hacer realidad los deseos de Carlomagno.

Otra de las razones de Napoleón para tomar esta decisión era porque consideraba que la guerra en España le estaba constando demasiado dinero y porque veía a José como un gobernante débil, a pesar de que en estas fechas José I estaba empezando a obtener algunas victorias conquistando Andalucía. Por todo esto decidió que el ejército francés de Aragón debía subsistir con los recursos del territorio, impidiendo que los insurgentes se aprovechen de los recursos.⁵⁹ Esto equivalía a tener a Aragón en estado de sitio, lo que suponía cortar la comunicación y la influencia de Madrid: Suchet debía ignorar y desobedecer las órdenes que le llegasen del rey de España.

Así las cosas, Suchet debe administrar Aragón y presionar a los habitantes para que vuelvan a sus trabajos y produzcan comida para el ejército, prometiéndoles su protección a cambio, pero también con medidas coercitivas como la creación de un presidio para civiles para "exterminar la vagancia y fomentar la laboriosidad".⁶⁰ Consigue recursos como harina, cebada y caballerías de distintas partes de Aragón, y nombra también a un recaudador de contribuciones ordinarias y extraordinarias, ya que también depende de las rentas de Aragón para pagar a la tropa. Los habitantes debían cooperar para acabar con las bandas de guerrilleros que pululaban por el territorio si querían librarse de estas contribuciones.⁶¹

⁵⁹FRANCO DE ESPÉS, Carlos "La administración francesa en Aragón...", *op. cit.*, pp. 98-99.

⁶⁰*Ibidem*, p. 101.

⁶¹*Ibidem*, p. 102.

Suchet reunía así los poderes civil y militar, asumiendo la administración de policía, justicia y finanzas, nombrando funcionarios y redactando reglamentos. Napoleón le otorgaba todos los poderes para administrar el territorio y utilizar sus recursos para asegurar su posición en Aragón, algo que era de gran importancia para proseguir su campaña militar de conquista hacia Cataluña y Valencia. Esto iba a ser algo complicado debido a la situación en la que se encontraba Aragón y su capital por la guerra y los Sitios, pero por otra parte, esto también significaba darle a Suchet una gran independencia, mucha más de la que tenía antes, alimentando así sus aspiraciones de hacerse dueño del territorio sin depender de la monarquía de España y con una cierta autonomía también respecto a Francia.

José I y sus intereses quedaban eliminados, y ahora sólo quedaban los de Suchet y Napoleón, con intereses comunes de conquista pero también enfrentados entre la anexión o la autonomía. Si a Napoleón le interesaba la anexión, para Suchet la autonomía era preferible ya que le daría una posición mejor, y en esto tenía intereses comunes con la población. La paradoja es que al crear el Gobierno de Aragón, Napoleón estaba obligando a Suchet a llevarse bien con la población al crear una interdependencia entre el ejército francés y la población. Los aragoneses dependían de los franceses con este Gobierno, pero paradójicamente, el ejército francés de Suchet también dependía de la población, porque sin su colaboración no podrían mantenerse y fracasarián; no pueden dedicarse a saquear todo allá por donde pasan para seguir avanzando sin preocuparse por el territorio, ya que provocarían la ira de la población y su propia ruina.

Es por esta razón por la que Suchet debe conocer las necesidades del territorio y de la población y administrarlos como si fuesen suyos. Empieza así a crearse un vínculo entre la población y sus conquistadores, y como decía Sophie Darmagnac en su tesis, es muy probable que Suchet, conocedor de la historia de Aragón, comenzase a verse a sí mismo como un rey de Aragón con sus súbditos aragoneses, dueño de un territorio bajo la protección del Imperio francés y en armonía con España. Para él y sus oficiales, esto significaba vincularse a este territorio y luchar por él para satisfacer sus aspiraciones de gloria.

Así, con la autoridad del rey de España eliminada, los franceses utilizarían los particularismos regionales para poner a la población de su parte y pacificarlos. Esto se refleja en la denominación de Gobierno "de Aragón", y en el ejército francés que también pasa a llamarse ejército "de Aragón", con lo que parece que los aragoneses tengan su propio líder y ejército. Y aún llama más la atención el hecho de que los aragoneses empiecen a hablar de este ejército francés como "los nuestros", no sólo respecto a otros ejércitos franceses sino también respecto a los españoles.⁶² Esto es buena muestra de ese vínculo recíproco que se estaba creando, ya que no sólo Suchet se

⁶²SUCHET, Louis Gabriel, *Memorias del Mariscal Suchet: sobre sus campañas en España, 1808-1814*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2012. pp. 201-202.

sentía dueño del territorio y veía a los aragoneses como suyos, sino que también los aragoneses empezaban a ver a estos franceses como suyos.

Sin embargo, pese a que la actitud de los aragoneses era en general mucho más positiva y amigable con los franceses, sobre todo en comparación con lo que ocurría en otras partes de España, Suchet seguía recordándoles su posición de conquistados, obligándoles a celebrar las victorias de los franceses en España y las de Napoleón. En este sentido, homenajear al ejército francés que se llamaba "de Aragón" quizá podía ser también motivo de orgullo, ya que era un ejército victorioso también gracias a ellos, que lo mantenían.

En definitiva, ganarse por lo menos el respeto de la población y su colaboración sería un paso imprescindible para la siguiente etapa, en la que conquistaría el sur de Cataluña y Valencia.

6.2. La antigua Corona de Aragón: el feudo de Suchet.

Es curioso que como gobernador de Aragón, Suchet se expandiese por la mayor parte del territorio de la antigua Corona de Aragón, algo que seguramente también ayudaría a dar esa imagen casi medieval de rey de Aragón con su corte y su dama. Honorine, su joven esposa francesa, le acompañaba y le ayudaba en la pacificación de la población, suavizando el ambiente y fomentando la adhesión de las élites, sobre todo las mujeres, con las que se relacionaba de manera natural.⁶³ Incluso el estilo de guerra era más medieval, ya que la mayoría de las batallas del Ejército de Aragón fueron asedios, no las grandes batallas campales que eran más típicas de esta época napoleónica.

A principios de 1810, Napoleón ordenó a Suchet que conquistase Lérida, Mequinenza y Tortosa. Pero antes de entrar en Cataluña, zona peligrosa para el ejército francés, Suchet tenía que asegurar su posición en Aragón y tener a los aragoneses controlados y dispuestos a cooperar. De esta forma, Suchet podría apoyarse en Aragón, sirviéndole como base para suministrar sus campañas militares.⁶⁴

Una de las diferencias entre Aragón y Cataluña durante la ocupación era que Napoleón sólo enviaba víveres a Cataluña, para tener sujeta sobre todo a la ciudad de Barcelona, mientras que en Aragón el ejército debía mantenerse con los recursos locales sin esperar ayuda de Francia. También llama la atención las diferencias que percibe el propio Suchet entre los catalanes y los aragoneses en aquellos momentos. Aunque era imposible eliminar por completo las guerrillas que pululaban por Aragón, parece ser que, según dice Suchet en sus memorias, su ejército se sentía mucho más seguro cuando estaba en Aragón, ya que la gran parte de los habitantes, no sólo en Zaragoza sino

⁶³DARMAGNAC, Sophie, *Saragosse...*, *op. cit.*, pp. 289-292.

⁶⁴MERCADER RIBA, Juan, "El mariscal Suchet, virrey de Aragón, Valencia y Cataluña", *Cuadernos de historia Jerónimo Zurita*, N° 2, 1951, p. 130.

también en varias localidades aragonesas, se habían acostumbrado a su presencia e incluso les ayudaban ofreciendo a los soldados lo que necesitaban.⁶⁵

Sin embargo, en Cataluña la hostilidad y el peligro de ser atacados por guerrillas era constante, e incluso muchos de los habitantes de las poblaciones a las que llegaban solían abandonar sus casas para evitar cualquier contacto con ellos. Si había conseguido ganarse una cierta simpatía de los aragoneses, esto parecía imposible con los catalanes, que se mostraban rebeldes e indomables durante toda la ocupación. Pienso que el hecho de que Suchet admita esto puede significar que algo de verdad había en lo que decía, y que realmente los aragoneses en general se mostraban más amigables y pacíficos con los franceses, aunque la pacificación nunca fuese completa, ya que si quisiese mentir sobre esto para glorificarse a sí mismo, creo que también diría lo mismo de los catalanes a los que conquistaba.

En mayo de 1810 conquistó Lérida y le impuso una contribución extraordinaria de guerra, reorganizando el lugar igual que lo hizo en Aragón, donde también impuso otra contribución extraordinaria aprovechando el efecto psicológico de la victoria.⁶⁶ Después de Lérida, Suchet conquistó Tortosa y otras poblaciones catalanas de la zona, territorio que pertenecía a otro francés, el mariscal Macdonald que era el gobernador general de Cataluña y que tenía como objetivo principal el abastecimiento de Barcelona asegurando los convoyes que llegaban desde la frontera francesa. De esta forma, Macdonald controlaría el norte de Cataluña y Suchet se encargaría del sur.⁶⁷

En junio de 1811, Suchet conquistó Tarragona tras un sangriento asedio en el que él mismo admite en sus memorias la gran violencia de los atacantes. Parece ser que, como los defensores se negaron a rendirse, los franceses tuvieron que abrir una brecha en las murallas para entrar, y esta situación sería devastadora para la ciudad y los habitantes asediados. Según las normas de la guerra de la época, si una ciudad asediada se negaba a rendirse y los atacantes conseguían entrar, éstos podían dedicarse al saqueo sin control, lo cual obviamente provocaba una gran violencia hacia la población.

Como Tarragona no se rindió y no pudieron defenderse cuando los franceses entraron como fieras por la brecha, el pánico se apoderó de los defensores, que fueron perseguidos sin piedad por los franceses. Pasaron por la bayoneta a todo el que se cruzaba en su camino, hombres, mujeres y niños, violando a las mujeres y saqueando las casas. Una vez que el descontrol se había desatado, era muy difícil para los oficiales controlar a los soldados, y cuenta Suchet que había defensores que corrían a los pies de los oficiales para rendirse y que los protegieran de la soldadesca que los perseguía.⁶⁸ Con todo, este trágico y sangriento sitio supuso el ascenso de Suchet, que fue nombrado mariscal de Francia por Napoleón.

⁶⁵SUCHET, Louis Gabriel, *Memorias del Mariscal Suchet...*, op. cit., pp. 308-309.

⁶⁶MERCADER RIBA, Juan, "El mariscal Suchet...", op. cit., p. 134.

⁶⁷*Ibidem*, p. 137.

⁶⁸SUCHET, Louis Gabriel, *Memorias del Mariscal Suchet...*, op. cit., pp. 290-291.

Estas conquistas le permitieron avanzar hacia Valencia, que cayó en 1812. Al igual que en Zaragoza, tuvieron que prepararse para recibir al vencedor con honores de rey. Las autoridades se encargaron de dar discursos en los que animaban a la población a mostrar su alegría y a adornar las fachadas de los edificios, y el clero daba un discurso en el que atribuían a la divina providencia el cambio a la dinastía de los Bonaparte, justificando así la aceptación y sumisión al nuevo gobierno y a José I.⁶⁹

Al igual que en Zaragoza, parece ser que Suchet también se ganó el afecto de la población de Valencia, por las obras públicas que llevó a cabo, su buena administración del territorio, el respeto al culto católico y la protección de las Bellas Artes. Suchet trasladaría su residencia a Valencia desde entonces, gobernando como en Aragón hasta que tuvo que abandonar la ciudad en 1813 para retirarse a Cataluña, y desde allí a Francia en 1814.⁷⁰

7. Afrancesamiento: ¿obligación o adhesión ideológica?

Los afrancesados fueron un colectivo muy vilipendiado en su época y posteriormente, tachados de traidores, oportunistas, cobardes, anti-patriotas, malos españoles, etc. El estereotipo de afrancesado suele ser un cobarde o mala persona que sólo actúa por su propio beneficio sin importarle los demás. Aunque es seguro que este tipo de personaje también existió, lo cierto es que el fenómeno del afrancesamiento es mucho más amplio y complejo que estos estereotipos simplistas, y muchos de ellos hicieron lo que creían que era lo mejor para su país y sus compatriotas en ese momento, movidos por convicciones ideológicas de progreso o por la necesidad de actuar como mediadores entre los ocupantes y los ocupados.

En este apartado analizaré el fenómeno del afrancesamiento en Aragón, donde los afrancesados ideológicos parecían ser escasos, primero a través de dos personas con nombre y apellidos que representan diferentes tipos de afrancesados. La segunda parte la dedicaré a las mujeres afrancesadas, que aún son más desconocidas, algunas con nombre y apellido, pero muchas otras anónimas.

7.1. Agustín de Quinto y Miguel de Santander.

Agustín de Quinto nació en Caspe en 1774 en una familia de la nobleza local. Participó en la resistencia de Zaragoza y después intentaría defender Caspe, pero los franceses la ocuparon cuando los habitantes perdieron la esperanza de resistir. A finales de 1809, fue nombrado alcalde mayor de un distrito con capital en Caspe, y ya entonces

⁶⁹HERNANDO SERRA, M^a Pilar, "Visitas reales y lugares de la memoria: el mariscal Suchet, José I y Fernando VII en Valencia", *Hispania Nova*, N^º 1 Extraordinario, 2020, pp. 261-263.

⁷⁰*Ibidem*, pp. 264-265.

Suchet se mostraba satisfecho con su trabajo. Sin embargo, tras el decreto de 1810, Aragón se dividía con dos comisarías generales: una en la izquierda del Ebro con Zaragoza, en la que el comisario era Mariano Domínguez, y la otra en la derecha con Agustín de Quinto, ambos a las órdenes del gobernador Suchet.⁷¹

Con Agustín de Quinto, Caspe consiguió el título de ciudad por su colaboración con los franceses, contribuyendo de forma importante al abastecimiento del ejército en el sitio de Tortosa. La cooperación de Quinto fue muy valorada por Suchet e incluso por el mismo Napoleón, que le nombró miembro de la Legión de Honor en 1811 por sus méritos. Además, Quinto tuvo buenas relaciones con Suchet, llegando incluso a lo personal cuando Suchet apadrinó al hijo de Quinto, Luis. Por ello siguió a Suchet a Valencia cuando fue conquistada, y allí fue nombrado director general de policía, dedicándose a labores de salubridad y vigilancia⁷², hasta que finalmente tuvo que exiliarse a Francia en 1813, cuando la situación empeoró para los franceses en Europa y en España, y José I tuvo que abandonar el país.

En Francia, con las tornas cambiadas tras la derrota de Napoleón, la policía francesa sospechó que él y otros exiliados estaban conspirando para dar un golpe revolucionario a la monarquía de Fernando VII, aunque parece ser que en realidad se dedicaba a la traducción y a la literatura, escribiendo obras sobre agricultura y llevando una vida tranquila socializando con las autoridades y las personas más distinguidas de Bagnères, la localidad en la que se exilió.⁷³ Finalmente volvió a Zaragoza en 1825, donde moriría en 1827.

La justificación que da Quinto para su afrancesamiento es que aceptar los empleos que le daban los franceses no se trataba de un crimen, sino de actuar con diplomacia para adoptar el papel de mediador entre los ocupantes y los ocupados en un momento en el que toda esperanza se había desvanecido. Y lo hace pensando en Aragón como su patria, con lo que la caída de Zaragoza suponía la caída de Aragón. Él había resistido todo lo posible hasta la caída de Zaragoza en 1809, y a partir de ese momento, cuando la resistencia parecía inútil, trataría de aliviar el peso de los ocupantes sobre la población, aprovechando su conocimiento del idioma francés para actuar diplomáticamente.⁷⁴

Para él, su papel de mediador era necesario, ya que gracias a su trabajo de administración los habitantes sufrieron menos al ser más respetados y poder defenderse de la opresión y los agravios de los ocupantes. Es una justificación bastante buena, ya que huir de los ocupantes por el orgullo de no someterse a los franceses no siempre es algo positivo porque dejaría a la población y a su patria a merced de los ocupantes,

⁷¹RÚJULA, Pedro, "La lógica del afrancesado: mediación, colaboración y traición en la vida de Agustín de Quinto", *Ayer, Revista de Historia Contemporánea*, nº 95, 2014, pp. 56-57.

⁷²*Ibidem*, pp. 58-60.

⁷³*Ibidem*, pp. 64-65.

⁷⁴*Ibidem*, pp. 68-69.

mientras que la decisión de afrancesarse le permite sacrificar su orgullo para ayudar a la población en esos momentos tan difíciles.

Para los franceses, su papel era esencial para la pacificación de la población y para que aceptasen el gobierno francés como una nueva realidad, con las ventajas que eso supondría para los compatriotas. Por ello Suchet lo elogiaba diciendo que era "uno de aquellos raros hombres en quienes el talento va unido a la virtud". Además, Suchet se encargaba de recordar a los aragoneses su condición de ocupados, con espectáculos de dominación que mostraban la fuerza de su ejército, por lo que sería peligroso no asumir la situación con inteligencia y diplomacia.⁷⁵

Sin embargo, con el final de la guerra y la restauración del absolutismo, las buenas intenciones que pudiesen tener los afrancesados se ignoraron, y todos ellos fueron tachados de traidores al rey y a la patria, simplemente por aceptar a otra dinastía que no fuese la borbónica y por abrirse a las influencias francesas del liberalismo frente al absolutismo.⁷⁶

Por otra parte, Miguel de Santander es un buen ejemplo para entender cómo es posible que hubiese un clero afrancesado, cuando los religiosos fueron fundamentales en la resistencia contrarrevolucionaria contra los franceses, especialmente en Zaragoza. El afrancesamiento de Miguel de Santander no parece ser ni por obligación ni por adhesión ideológica, sino por los principios en los que él cree: la importancia del orden y la autoridad monárquica, a la que debían someterse los religiosos si se respetaba la religión.

Al principio, en la Guerra de la Convención contra la Francia Revolucionaria, Miguel de Santander hablaba como un contrarrevolucionario, condenando a la Revolución por querer destronar a los reyes y acabar con la religión.⁷⁷ Sin embargo, con Napoleón se habían normalizado las relaciones con el Vaticano, restaurando el orden, por lo que Miguel de Santander veía a la Francia napoleónica con mejores ojos. Está claro que no era un liberal progresista, pero tampoco pensaba como los absolutistas fernandinos que odiaban a los napoleónicos simplemente por lo que representaban, aunque fuesen unas ideas muy moderadas de la revolución. Para este religioso no había ningún problema si respetaban el orden, la monarquía y la religión.

Durante los Sitios de Zaragoza, Miguel de Santander se refugió en Valdealgorfa, que fue capturada por los franceses poco antes de la capitulación de Zaragoza. El mariscal Lannes le llamó tras la capitulación para que se encargase del Te Deum por la victoria de los franceses, y desde entonces este obispo utilizó sus dotes de predicador para persuadir a la población, exhortándoles a que volviesen a sus trabajos y se

⁷⁵*Ibidem*, pp. 73-74.

⁷⁶*Ibidem*, pp. 77-78.

⁷⁷RAMÓN SOLANS, Francisco Javier, "De célebre predicador a famoso traidor: Miguel de Santander, un eclesiástico al servicio de José I", *Ayer, Revista de Historia Contemporánea*, nº 95, 2014, pp. 115-116.

sometiesen a las nuevas autoridades, predicando la paz y la caridad. Su papel fue muy valorado por Lannes y después por Suchet, ya que su contribución fue de gran importancia para pacificar a la población y que la gente aceptase el nuevo orden, por lo que le darían responsabilidades y privilegios.⁷⁸

De esta forma, los ocupantes aprovechaban el poder que el catolicismo tenía en la población para legitimar la nueva monarquía y las autoridades, mientras que Miguel de Santander trataba de reformar el estado eclesiástico, restaurando el culto y actuando como mediador entre las autoridades francesas y los eclesiásticos.⁷⁹

En sus sermones señalaba cómo las tornas habían cambiado: la Divina Providencia que antes se utilizaba como motivo para resistir, ahora estaba del lado de Napoleón, ya que era Dios el que le permitía todas sus victorias y conquistas. Si antes se utilizaba a la Virgen del Pilar para un discurso xenofóbico anti-francés, ahora Miguel de Santander llamaba la atención sobre cómo el Pilar servía como símbolo de unión entre españoles y franceses, ya que ambos iban a adorar a la virgen.

Estas ceremonias y sermones religiosos, combinadas con los desfiles de prisioneros que demostraban el dominio francés, servían para desalentar a los habitantes, que sólo podían aceptar la sumisión a los nuevos dueños.⁸⁰ Además, al comparar la situación de la ciudad tras el segundo Sitio con el presente, destacaba las mejoras en la ciudad al restaurarse el orden y la paz frente a los horrores de la guerra.

Con la derrota de José I en 1813, Miguel de Santander se exilió en Bagnères hasta que pudo regresar en 1820, muriendo en 1831. La justificación que él daba para su afrancesamiento era siempre el respeto a la monarquía sin importarle las dinastías, llegando incluso a defender a José I y a Napoleón frente a los que los insultaban, ya que para él lo importante es que fueron reyes, y por lo tanto había que respetarlos. Esta es una buena muestra de cómo no parecía importarle la ideología que tuviesen esos reyes o soberanos, ni tampoco su dinastía o procedencia, sino que se basaba en defender sus ideas conservadoras de respetar la monarquía y la religión.⁸¹

7.2. Las mujeres afrancesadas y la convivencia con los invasores.

Si los afrancesados fueron vilipendiados como traidores, las mujeres traidoras eran aún peor, recibiendo insultos como "víboras emponzoñadoras" que celebraban las victorias del enemigo con "orgías crapulosas", "malas hembras" que cantan contra la Patria y se mofan de los esfuerzos de los patriotas, "sanguijuelas que chuparon la sangre

⁷⁸*Ibidem*, pp. 119-120.

⁷⁹*Ibidem*, pp. 122.

⁸⁰*Ibidem*, pp. 123-124.

⁸¹*Ibidem*, pp. 128-129.

del buen español". Una visión extremadamente misógina y denigratoria que utilizaban sobre todo los conservadores, aunque los liberales también se dedicaron a insultarlas.⁸²

En el caso de las afrancesadas, los motivos y circunstancias podían ser muy diversos, al igual que con los hombres. Algunas mujeres se afrancesaron por motivos ideológicos o culturales, especialmente las de las élites, que conocían la influencia cultural de Francia en España y tenían un espíritu ilustrado a favor de las reformas y el progreso. Más allá de modas superficiales, estas mujeres se afrancesaron por motivos ideológicos profundos, basados en el deseo de regenerar el país, convencidas de que la nueva dinastía francesa ayudaría a progresar. Otras mujeres se afrancesaron porque sus familiares lo eran, especialmente las mujeres casadas con afrancesados, y las casadas con franceses o que tenían vínculos afectivos con ellos, y que al final de la guerra tuvieron que seguirlos al exilio a Francia por miedo a verse abandonadas en su propio país que se volvía hostil hacia ellas. Por último estarían las colaboracionistas, las que se vieron obligadas a convivir o relacionarse con los invasores para sobrevivir, como pudieron ser sirvientas, las vendedoras de productos, las que cuidaban heridos, las espías, las prostitutas, o simplemente las que tenían que alojar a franceses en sus casas. Todas ellas con un grado de voluntariedad que dependía de cada caso individual.⁸³

Las afrancesadas por motivos ideológicos o culturales son mujeres de la élite con nombre y apellidos, de las que normalmente sólo se hablaba para hacer juicios malintencionados o para mencionarlas en anécdotas frívolas como las amantes del rey José I. Estas mujeres con nombre no estaban en Aragón, sino en otras partes de España, pero me parece interesante mencionarlas ya que representan diferentes motivos de las mujeres para afrancesarse, y que podrían haber existido en Aragón aunque fuesen desconocidas.

Maria Pilar Acedo y Sarria estaba casada con el marqués de Montehermoso, del bando afrancesado. Aparte de ser la amante oficial de José I, era una mujer muy inteligente y culta, más josefina que napoleónica, ya que deseaba que se acabase el conflicto para que los imperiales se retirasen del país, y por ello se decepcionó enormemente con el decreto de anexión de las provincias fronterizas, ya que era algo muy perjudicial para la causa josefina.⁸⁴

Teresa Montalvo, condesa de Jaruco, también era inteligente y culta, y por ello fue víctima de juicios malintencionados como el de la reina María Luisa, que a pesar de ser mujer hablaba de ella con gran miseria, afirmando que aborrecía "a todas las que pretenden ser inteligentes, igualándose a los hombres, pues lo creo impropio de nuestro sexo". Algo que dice bastante de la mentalidad misógina de la época, como si las mujeres no pudiesen ser inteligentes y reflexionar y sólo les estuviesen permitidas las

⁸² MARTÍN-VALDEPEÑAS YAGÜE, Elisa, "Mis señoras traidoras: las afrancesadas, una historia olvidada", *Revista HMic: història moderna i contemporània*, N°.8, 2010, pp. 80-81.

⁸³ *Ibidem*, pp. 82-84.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 86.

frivolidades superficiales. Si ya tenía detractores antes de la ocupación francesa, éstos aumentaron cuando se afrancesó, aprovechando para criticarla.⁸⁵

Su hija, Mercedes de Santa Cruz y Montalvo se sentía atraída por Francia y todo lo francés ya antes de la ocupación, por lo que su afrancesamiento era más cultural, y además estaba casada con un militar francés. Ella también pensaba que José I sería beneficioso para el progreso del país, y comprendió el problema al que se enfrentaba el rey con la anexión de las provincias del norte del Ebro, algo que podría arruinar todas las promesas y reformas que José I planeaba para el país.⁸⁶

Ana Rodríguez de Carasa fue una de las más políticas y revolucionarias, pues ya se mostró a favor de la Revolución Francesa y esperaba que los principios de la libertad y la igualdad de derechos mejorarían la especie humana. Era más revolucionaria que napoleónica, ya que le desagradaba la forma de llegar al poder de Napoleón y sus guerras en Europa. Su motivo para someterse a la invasión francesa se debía más a una cuestión pragmática, para evitar la destrucción del país, ya que aunque aborrecía la opresión extranjera, viendo lo que ocurría en el resto de Europa la resistencia parecía inútil.⁸⁷

En el caso de Aragón no hay ejemplos de afrancesamiento ideológico en mujeres, ya que la mayoría de los casos parece que fueron por la obligación de convivir con el enemigo o por motivos familiares o sentimentales. En estos últimos habría que destacar las mujeres anónimas que se casaron con franceses, no sólo en Aragón sino en toda España. Ejemplos y anécdotas de otras partes del país también nos pueden servir para imaginar casos similares durante la ocupación de Aragón. Hay numerosas anécdotas, sobre todo en las fuentes francesas, en las que se menciona cómo las mujeres españolas se sentían atraídas por los militares franceses. Lejeune, que había estado en los sitios de Zaragoza, más tarde fue hecho prisionero en Cáceres, donde cuenta que una mujer se arriesgó para liberarle.⁸⁸ En sus Memorias sobre los sitios de Zaragoza, Lejeune también escribe una historia de amor entre una aragonesa y un militar francés, que es posible que sea inventada, pero que seguramente se basa en relaciones reales que ocurrieron durante la guerra. Además menciona cómo al capitular la ciudad, las mujeres, que eran las que más encarnizadas se mostraban con ellos, fueron las primeras en aceptarles, y muchas de ellas quedaron tan cautivadas por los franceses que se casaron con ellos y les siguieron a Francia al final de la guerra.⁸⁹

Como dice Elisa Martín-Valdepeñas en su artículo, los testimonios sobre la convivencia en los que las mujeres se muestran atraídas y agradadas por los franceses suelen ser ignorados, mientras que se centra el foco en la violencia, destrozos, matanzas

⁸⁵*Ibidem*, p. 87.

⁸⁶*Ibidem*, pp. 88-89.

⁸⁷*Ibidem*, p. 90.

⁸⁸*Ibidem*, p. 97.

⁸⁹LEJEUNE, Louis-François, *Los Sitios de Zaragoza*, *op. cit.*, p. 174.

y violaciones de los franceses contra la población. Sin embargo, hay que pensar que la convivencia forzada con los franceses, a los que tenían que alojar en sus propias casas en muchas ocasiones, llevó a que hubiese mujeres con sentimientos encontrados, como el caso de Manuela Cárdenas, que aunque odiaba al ejército francés porque representa la invasión y el sometimiento, no pudo evitar encariñarse con los militares franceses que tenía en su casa.⁹⁰

Esto coincide con lo que explica Sophie Darmagnac en su tesis sobre la ocupación de Zaragoza, en la que percibe esa relación de amor-odio entre los aragoneses conquistados y los franceses que los dominan. Los oficiales se alojaban en casas particulares, por lo que los habitantes se veían forzados a acoger al invasor incluso dentro de sus casas, algo que sin duda irritaría a la población, pero por otra parte, esto también permitía que los habitantes viesen el lado más humano de aquellos militares extranjeros. Suchet mencionaba en sus memorias que esta situación favorecía la unión entre los militares franceses y los civiles aragoneses, ya que al convivir con los habitantes muestran su lado más humano y amable, dejando de lado el orgullo y la furia francesa que caracterizaba a los soldados. Según Suchet, el vínculo podía ser tan fuerte que los aragoneses incluso sentían afecto hacia los soldados, a los que acogían como amigos, preocupándose por ellos cuando tenían que marchar y recibiéndoles con ilusión cuando regresaban.⁹¹

Por otra parte, los polacos al mando del general Józef Chłopicki, que eran un contingente importante en el Ejército de Aragón de Suchet, también tuvieron vínculos afectivos con las aragonesas, algunos con más suerte que otros; algunos se casaron y llegaron a tener hijos, y otros tuvieron un final más trágico. Cuando Napoleón llamó a los polacos en 1812 para participar en la campaña contra Rusia, la mayoría se marcharon, pero algunos se quedaron en Aragón, como Tadeusz Sulikowski que se casó con una aragonesa y tuvieron descendencia.⁹² Wojciechowski también menciona esta relación en sus memorias, cuando volvía a Zaragoza desde Valencia y se encontró con Sulikowski, que le presentó a la familia de su mujer en Zaragoza. También es interesante que menciona cómo los lugareños recordaban al mariscal Suchet con respeto y adoración, y a los oficiales polacos Chłopicki y Klicki los consideraban unos héroes.⁹³ Algo que coincide con lo que dice Suchet en sus memorias, donde también podemos encontrar algunos ejemplos de convivencia pacífica, como la localidad de Graus, donde los habitantes defendieron a los franceses heridos y enfermos frente a una banda de guerrilleros que querían aprovechar para degollarlos. Suchet además añade que este acto de humanidad se repitió muchas veces en Aragón, algo que hace pensar sobre el grado de aceptación que la población tenía con ese ejército al que veían casi como propio.⁹⁴

⁹⁰ MARTÍN-VALDEPEÑAS YAGÜE, Elisa, "Mis señoritas traidoras..." *op. cit.*, p. 98.

⁹¹ DARMAGNAC, Sophie, *Saragosse*, *op. cit.*, pp. 288-289.

⁹² GONZÁLEZ CAIZÁN, Cristina, "Una fuerza multinacional: los polacos", en RÚJULA, Pedro, *Aragón y la ocupación francesa, 1809-1814*. Zaragoza, Diputación Provincial e Ibercaja, 2013, pp. 44-45.

⁹³ WOJCIECHOWSKI, Kajetan, *Mis Memorias de España*, *op. cit.*, pp. 112-113.

⁹⁴ SUCHET, Louis Gabriel, *Memorias del Mariscal Suchet...*, *op. cit.*, p. 86.

8. La resistencia pasiva y el final de la ocupación en 1813.

En esta situación, con un ejército omnipresente que exhibe su poder continuamente, a los aragoneses sólo les quedaba la resistencia pasiva, una forma de resistencia pacífica y no violenta que contrasta con la extrema violencia de los Sitios. El vínculo de interdependencia que se crea entre los habitantes y el ejército francés con el gobierno autónomo, hace que los franceses dependan completamente de los habitantes a los que dominan, por lo que son conscientes de que tampoco pueden ejercer una dominación autoritaria sin límites, y que les sería más beneficioso ser benevolentes con la población para que colaboren. Suchet ejerce siempre una cierta presión para recordar quién está al mando, pero trata siempre de mostrarse benevolente y respetuoso para intentar ganarse por lo menos el respeto de la población en vez de el odio.⁹⁵

A su vez, los aragoneses también son conscientes de su posición: comprenden que la violencia y la resistencia es inútil en estos momentos, por lo que la colaboración para garantizar su supervivencia es preferible, pero también son conscientes de que los franceses dependen de ellos, y esto les permite colaborar pero tratando de poner límites, para que la dominación francesa no se transforme en opresión y para defender los valores del Reino de Aragón. Esto explicaría el rechazo a los posibles cambios que traiga la Revolución Francesa, mientras que el recién creado Gobierno de Aragón con Suchet a la cabeza les recuerda a la independiente y gloriosa Corona de Aragón, algo que el mismo Suchet parece comprender y fomentar, mostrándose a sí mismo casi como un rey de Aragón.⁹⁶

En cierto modo, la resistencia pasiva obliga a los ocupantes a adaptar sus planes y sus políticas a las necesidades de los habitantes, y muchas veces se ven obligados a ralentizar y retrasar las reformas y los pagos. Los franceses les habían obligado a actuar con docilidad y sumisión tras imponerse por la fuerza en el segundo Sitio, pero sería precisamente esta sumisión general lo que les permitía a los habitantes esta resistencia pasiva, ya que los oficiales franceses al poder se ven obligados a ser benevolentes con sus políticas e imposiciones y a no oprimir a unas gentes tan pacíficas.⁹⁷ Finalmente, todos los esfuerzos y las conquistas de los franceses fueron en vano, y si Suchet consiguió pacificar y ganarse a la población hasta cierto punto, finalmente tuvo que abandonar sus dominios. Aunque él no había sufrido ninguna derrota, los ejércitos franceses en el resto de la Península estaban en problemas con el avance inglés, y el desastre de Rusia no hizo más que empeorarlo. Suchet tuvo que abandonar Valencia en 1813 para regresar a Francia y no volver nunca más a Aragón, donde había conseguido tantos logros con su administración.

⁹⁵DARMAGNAC, Sophie, *Saragosse...*, *op. cit.*, p. 317.

⁹⁶*Ibidem*, p. 326.

⁹⁷*Ibidem*, pp. 329-330.

Conclusión

Tras analizar el contraste entre ambas partes, se podría decir que la violencia irracional de los Sitios junto con la firme creencia en la divina providencia a través del uso de la Virgen del Pilar terminó siendo contraproducente, ya que los franceses consiguieron imponerse por la fuerza, y esto les permitiría ensalzar aún más el valor de su victoria. La divina providencia fue un arma de doble filo para los aragoneses, ya que en el momento en que la providencia no se cumple, se vuelve contra ellos desmoralizándolos y poniéndose del lado del enemigo que tanto odiaban. Por su parte, esto dio a los franceses la oportunidad perfecta para legitimar su poder y su victoria a través de la divinidad, a la vez que refutaban con sus actos a todos los religiosos y absolutistas que se dedicaban a extender el miedo a los franceses entre la población haciéndoles creer que destruirían la religión y su forma de vida. Tras el desastre, los habitantes se daban cuenta de que los franceses no eran tan infames como les habían hecho creer.

Además, la violencia irracional sólo había conseguido destruir casi toda la ciudad y acabar con la mayor parte de la población, sufriendo los horrores de la guerra y la enfermedad en un asedio tan encarnizado. Esto les llevaría a aborrecer la guerra y la violencia, dándose cuenta de que la violencia no siempre lo soluciona todo, especialmente cuando la resistencia pasiva diese mejores resultados durante la ocupación. La única parte positiva es que esta tenaz resistencia probablemente también hizo que los franceses los respetasen más y quisiesen ayudarles a recuperarse de aquel desastre, algo que se puede ver en el interés de Suchet en arreglar los destrozos de la ciudad, con proyectos al estilo francés como el que sería el futuro Paseo de la Independencia, inspirado en las calles de París.

Por otra parte, la resistencia pacífica fue bastante más fructífera contra este invasor, ya que los oficiales franceses no podían mostrarse agresivos y oprimir a gentes tan dóciles y pacíficas, lo que hizo que se relajasen muchas veces en sus exigencias. Además, durante la ocupación el sufrimiento fue mucho menor y por lo menos podían vivir en paz, algo que no ocurría en otros lugares, especialmente en otras partes de España donde los franceses tenían más dificultades para pacificar el territorio. Esto explicaría que en algunas partes de Aragón los habitantes rechazasen a las guerrillas y defendiesen a los franceses, ya que desde su punto de vista las guerrillas sólo traían el desorden y el sufrimiento de la guerra, mientras que habían asimilado la presencia de los franceses como la nueva realidad que les daba seguridad y paz en medio del caos de la guerra.

Finalmente, Suchet aprovecharía la independencia que el recién creado Gobierno de Aragón le daba para establecer un vínculo con la población, en una relación que se asemeja a las de tipo colonial. Impone la superioridad de la administración francesa, aprovechando las particularidades regionales para presentarse como un rey de Aragón que protege a sus vasallos. Los franceses se convierten así en los protectores y los héroes del reino, mientras los aragoneses quedan como sus vasallos, necesitando la tutela de Francia para recuperar la gloria del reino. De esta forma, Suchet trata de adaptar las políticas y las exigencias de Napoleón a las particularidades de Aragón, rechazando la anexión que no le interesa ni a él ni a la población. Aprovechando su poder y su autonomía, Suchet actuaba como los déspotas ilustrados, un soberano paternalista que quería asegurar la felicidad y la prosperidad del pueblo, pero gobernando de manera autoritaria y basándose en los principios de la Ilustración, el racionalismo y la reflexión.

Todo esto llevaría a una curiosa mezcla de lo moderno y lo medieval: la moderna administración francesa junto con rasgos medievales que recuerdan a la antigua Corona de Aragón, algo que ayudaría a establecer ese vínculo con la población, que empezaba a aceptar a ese ejército francés como propio, consiguiendo la pacificación.

Bibliografía

- BĄK, Grzegorz, "El asedio de Zaragoza (1808-1809) a los ojos de los soldados polacos", *Eslavística Complutense*, Nº. 2, 2002, pp. 23-32.
- CIECHANOWSKI, Jan Stanislaw, "La visión polaca de la Guerra de Independencia", *El Basilisco: Revista de materialismo filosófico*, Nº 38, 2006, pp. 41-54.
- DARMAGNAC, Sophie, *Saragosse. Ciudad del Imperio napoleónico (1809-1813)*, Zaragoza, Asociación cultural "Los sitios de Zaragoza", 2015.
- FRANCO DE ESPÉS, Carlos "La administración francesa en Aragón. El gobierno del mariscal Suchet. 1809-1813", *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, Nº 91, 2016, pp. 89-126.
- GONZÁLEZ CAIZÁN, Cristina, "Una fuerza multinacional: los polacos", en RÚJULA, Pedro, *Aragón y la ocupación francesa, 1809-1814*. Zaragoza, Diputación Provincial e Ibercaja, 2013, pp. 44-45.
- HERNANDO SERRA, Mª Pilar, "Visitas reales y lugares de la memoria: el mariscal Suchet, José I y Fernando VII en Valencia", *Hispania Nova*, Nº 1 Extraordinario, 2020, pp. 248-281.
- LAFOZ RABAZA, Herminio, *Los sitios. Zaragoza en la guerra de independencia (1808-1809)*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón (CAI), 2000.
- LARA LÓPEZ, Emilio Luis, "Los emigrados franceses y la evolución del afrancesamiento en España", *Cuadernos Dieciochistas*, Nº. 17, 2016, pp. 243-273.
- LEJEUNE, Louis-François, *Los Sitios de Zaragoza*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2009.
- MARTÍN-VALDEPEÑAS YAGÜE, Elisa, "Mis señoras traidoras: las afrancesadas, una historia olvidada", *Revista HMIC: història moderna i contemporània*, Nº.8, 2010, pp. 79-108.
- MERCADER RIBA, Juan, "El mariscal Suchet, virrey de Aragón, Valencia y Cataluña", *Cuadernos de historia Jerónimo Zurita*, Nº 2, 1951, pp. 127-142.
- RAMIRO MOYA, Francisco, "La participación femenina en los Sitios de Zaragoza. La percepción del mando militar y el interés del poder político", *Millars: Espai i història*, Vol. 48, Nº 1, 2020, pp. 43-66.
- RAMÓN SOLANS, Francisco Javier, "De célebre predicador a famoso traidor: Miguel de Santander, un eclesiástico al servicio de José I", *Ayer, Revista de Historia Contemporánea*, nº 95, 2014, pp. 109-131.
- ROMEO MATEO, María Cruz, "Españolas en la guerra de 1808: heroínas recordadas", en YUSTA RODRIGO, Mercedes y PEIRÓ MARTÍN, Ignacio (coords.) *Heterodoxas, guerrilleras y ciudadanas: Resistencias femeninas en la España moderna y contemporánea*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, pp. 63-83.

- RÚJULA, Pedro, "La lógica del afrancesado: mediación, colaboración y traición en la vida de Agustín de Quinto", *Ayer, Revista de Historia Contemporánea*, nº 95, 2014, pp. 51-78.
- "Lucha por el poder y resistencia en la Zaragoza de 1808", *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, Nº 83, 2008, pp. 29-44.
- "Zaragoza (1808-1809). El mito de la Resistencia popular", en BUTRÓN PRIDA, Gonzalo y RÚJULA, Pedro (eds.), *Los sitios en la Guerra de la Independencia: la lucha en las ciudades*, Madrid, Sílex Ediciones y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2012, pp. 15-38.
- "La densificación del universo político popular durante la Guerra de la Independencia", en RÚJULA, Pedro y CANAL, Jordi (coords.), *Guerra de ideas: política y cultura en la España de la Guerra de la Independencia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico y Marcial Pons Historia, 2011, pp. 173-190.
- "El mariscal Suchet en Zaragoza", en *Recepción del retrato del Excelentísimo Señor don Louis Gabriel de Suchet, octavo presidente de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza*, Zaragoza, Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis, 2011.
- "El francés invasor de 1808", en NÚÑEZ SEIXAS, Xosé y SEVILLANO CALERO, Francisco, (coords.) *Los enemigos de España: imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010, pp. 141-164.
- *Aragón y la ocupación francesa, 1809-1814*. Zaragoza, Diputación Provincial e Ibercaja, 2013.
- SUCHET, Louis Gabriel, *Memorias del Mariscal Suchet: sobre sus campañas en España, 1808-1814*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2012.
- WOJCIECHOWSKI, Kajetan, *Mis Memorias de España*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2008.